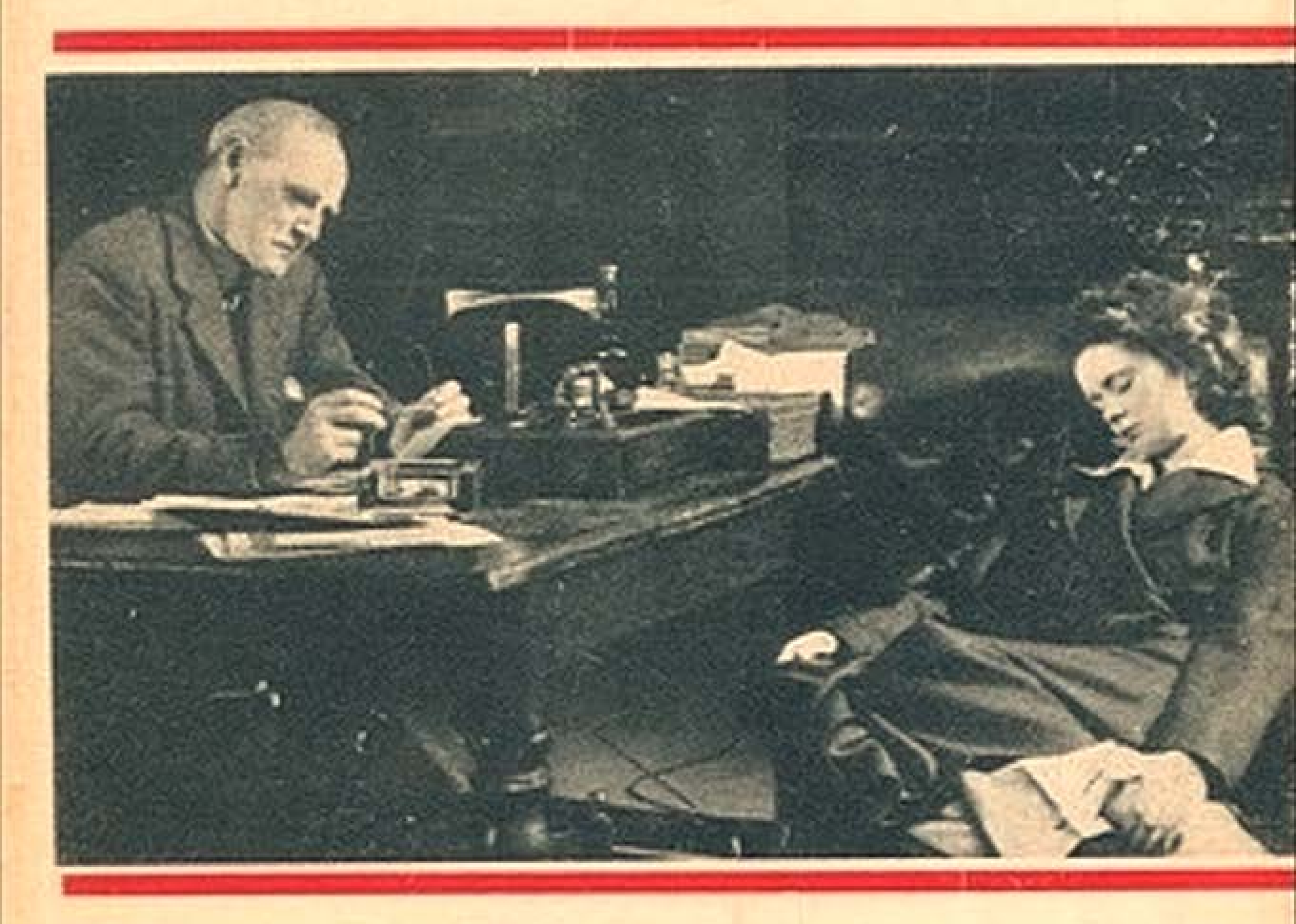
J. B. PRIESTLEY



EL ÁRBOL DE LOS LINDEN

J. B. PRIESTLEY

EL ARBOL DE LOS LINDEN

(THE LINDEN TREE)
COMEDIA EN DOS ACTOS



Traducción del inglés por
ARMANDO GÓMEZ



AGUILAR



J. B. Priestley

EL ARBOL DE LOS LINDEN

(THE LINDEN TREE)

COMEDIA EN DOS ACTOS

Traducción de

ARMANDO GOMEZ



EL ARBOL DE LOS LINDEN *llegó al Duchess Theatre, de Londres, en el mes de agosto de 1947, y estuvo representándose con notable éxito durante un año. La escribí en el curso del cruel mes de febrero de 1947, cuando, con escaso combustible y casi cercado por la nieve, tuve que trabajar, comer y dormir en una reducida habitación de mi casa de la isla de Wight; y allí sitiado viví con la familia Linden durante unos diez días, tiempo que tardé en escribir esta obra. Fui particularmente afortunado respecto al director de escena y a los principales intérpretes, y ninguna de mis comedias fue acogida nunca de manera más favorable y sólida, tanto por la Prensa como por el público. Y, sin embargo, en cuanto al familiar punto de vista de «color y hechizo» imperante en el teatro, ninguna comedia podría haberse construido con materiales menos prometedores. No abrió a nadie una ventana mágica. Enfrenté a nuestro público con su propia y grisácea escena. Técnicamente, fue un retorno al método de* Edén Término, *aunque un tanto más complejo y sutil en sus relaciones de familia y exigiendo mucho de lo que había yo aprendido desde 1934. Permítaseme decir en conclusión, que las comedias de esta clase puede que no exijan un gran dominio del lenguaje ni impresionantes vuelos de la imaginación, pero presentan innumerables y peculiares dificultades, no desemejantes a los problemas de tono con que se enfrentaron los antiguos pintores holandeses. Y, de cuando en cuando, me siento dominado por cierta impaciencia cuando jóvenes arrogantes, que hasta ahora no han hecho en el teatro otra cosa que vagabundear, aluden con aires de superioridad—como si se hallasen situados en alguna invisible cima de realizaciones—a esta clase de comedias, insinuando que ellos y sus amigos podrían componer fácilmente estas cosillas si optasen por ello. Perfectamente, que opten, porque la necesidad en que se halla el*

teatro es apremiante. Más adelante, cuando hayan aprendido algo en este humilde campo, pueden intentar el nuevo Edipo *o el nuevo* Lear, *en cuya composición deben de estar meditando en lo alto de sus lejanas cumbres. Si tienen éxito, en cualquiera de los niveles, ojalá esté yo allí para aplaudir.*

(Julio de 1948.)

A

J. P. MITCHELHILL

Querido Mitch: Espero que aceptes, con mis afectuosos recuerdos, la dedicatoria de esta obra. Fuiste un entusiasta de ella desde el principio. Nos hace volver al Duchess Theatre, en felices circunstancias, después de un intervalo de diez años, aproximadamente, durante los cuales parecía que nunca volveríamos a trabajar juntos en el teatro. Tenerte una vez más en la dirección, juntamente con mis amigos de la aventura de Westminster—y a Dame Sybil y a sir Lewis Casson actuando de manera tan brillante—ha sido una suerte, precisamente cuando casi había dejado yo de pensar que sucediera en el teatro. Si la obra tiene algún valor, es un valor a fuerza de necesidad. La más copiosa nevada que en cien años ha conocido la isla de Wight me encontró a mí allá, en Billingham, en una casa difícil de calentar y con gran escasez de combustible. Acosado por el más cruel febrero, comí, me aseé y dormí en una pequeña habitación, y allí me nacieron los Linden. Y durante diez días o así, mientras yo trabajaba en la obra, fueron casi mi única compañía y la gente que creía conocer mejor. Y entonces—¡gran suerte!—volví a verte, volví a ver a los demás, volví al Duchess, y todo sucedió maravillosamente bien. De manera que te ruego aceptes esta obra como un tributo a nuestra amistad y a tu amor al teatro.

Tu amigo siempre,

J. B. P.

Esta obra fue estrenada el 23 de junio de 1947 en el Lyceum Theatre, de Sheffield, y el 15 de agosto del mismo año en el Duchess Theatre, de Londres, con el siguiente reparto:

PROFESOR ROBERT LINDEN ...	Lewis Casson.
ISABEL LINDEN (su mujer).	Sybil Thorndike.
REX LINDEN (su hijo)	John Dodsworth.
DOCTORA JEAN LINDEN (su hija mayor)	Freda Gaye.
MARION DE SAINT VAURY (su hija)	Sonia Williams.
DINAH LINDEN (su hija menor)	Tilsa Page.
ALBRED LOCKHART (secretario de la Universidad).	J. Leslie Frith.
EDITH WESTMORE (una estudiante)	Carmel Mcsharry.
BERNARD FAWCETT (un estudiante)	Terence Soall.
MISTRESS COTTON (ama de llaves)	Everley Gregg.

Dirigida por MICHAEL MACOWAN.

La acción se desarrolla en el despacho del profesor Linden, en la ciudad provinciana de Burmanley. Al comienzo de la primavera. Epoca actual.

Acto I: Miércoles.
Cuadro I: A última hora de la tarde.
Cuadro II: Dos horas más tarde.

Acto II: Sábado.
Cuadro I: Por la tarde.
Cuadro II: Noche, varias horas después.

En cada acto, entre los cuadros, el telón baja sólo unos instantes.

ACTO PRIMERO

CUADRO PRIMERO

Despacho del profesor Linden. Es una sala amplia y limpia, pero de muebles gastados. Puerta, con preferencia en chaflán y saliente, entre foro y lateral izquierda (del actor). Gran ventanal a la derecha. Se supone que hay otro igual en la cuarta parted. En primer término izquierda, una estufa de carbón. La pared del fondo y todo el espacio disponible en las laterales se hallan cubiertos de estanterías abiertas como de metro y medio de altura, más uno o dos altos armarios que contienen manuscritos, etc. Una amplia mesa, cubierta de papeles, libros, pipas, un bote de tabaco... ocupa el centro izquierda. Mesilla con teléfono al fondo, junto a la puerta. Como este cuarto se utiliza a menudo para seminario, hay muchas sillas alrededor, la mayoría rectas y anticuadas, pegadas a las paredes, pero también algunos viejos y confortables sillones más cerca del centro. En primer término derecha, una esfera sobre un pedestal. Algunas buenas reproducciones, e incluso un par de excelentes acuarelas originales. Ningún adorno doméstico, y el aspecto general de pertenecer a un inteletual campechano, desaliñado y de modesta pasición económica.

Es una tarde de principios de primavera, y un sol todavía frío penetra por los ventanales, dando al cuarto una gran claridad, pero no encanto ni tibieza. Al alzarse el telón, la escena está vacía. MISTRESS COTTON entra acompañando a ALFRED LOCKHART. MISTRESS COTTON es la criada para todo de los Linden, y lo aparenta. De mediana edad, tiene unos modos curiosamente confusos, que deben ser representados muy en serio y no para provocar la hilaridad. LOCKHART es un hombre también maduro, escrupuloso, inquieto y con aire de funcionario, vestido sobriamente. Lleva un abrigo de entretiempo y el sombrero en la mano.

LOCKHART.—*(Viendo dónde se encuentra.)* Perdón... No sé si es aquí...

MISTRESS COTTON.—Sí, sí; no se preocupe. Es que no hay otro sitio, ¿sabe? Ayer se cayó medio techo del salón... Sin avisar... A media noche... Cuando lo vi, me quedé helada, lo que se dice de piedra. Lo menos diez minutos estuve sin poder hablar.

LOCKHART.—Realmente, la cosa...

MISTRESS COTTON.—Me hizo recordarlo todo de golpe. Vivíamos en Croydon... Un sábado por la mañana salí a comprar un poco de pescado... Vino una de aquellas bombas..., y cuando volví...

todo había acabado... para siempre... Los tres..., y la casa, naturalmente...

LOCKHART.—*(Con simpatía.)* Sí... Recuerdo que me lo contó mistress Linden. Y, claro, al ver el techo del salón se acordó...

MISTRESS COTTON.—*(Interponiéndole.)* De piedra me quedé... Podrían haberme clavado una docena de alfileres sin que me enterase... No pude hablar en diez minutos. Y cuidado que hace ya años... Pero a veces pienso para mí: «Supongamos que estoy todavía comprando aquel pescado... He pedido vez en la tienda y estoy allí charla que te charla... Y voy a volver y encontrarlo todo sin novedad... A Charlie, y a Gladys, y a Jorgito..., esperándome..., tan contentos...»

LOCKHART.—*(Violento.)* Sí, la comprendo. Yo...

MISTRESS COTTON.—Cómo va a comprenderme... ¿Y por qué? Y no se lo reprocho. *(Más confidencial, con emoción.)* A veces siento que si consiguiese doblar una esquina... o colarme por una rendija..., todo volvería a ser igual..., y yo no estaría aquí en Burmanley, sino en Croydon, con todo como antes... *(Selañando al ventanal.)* El sol ya no es el mismo. Puede que eso sí fuese diferente. *(Con súbito cambio de tono.)* Bueno, tendrá que ver aquí a mistress Linden..., por lo que le dije del techo del salón, ¿sabe?

LOCKHART.—*(Contento del regreso.)* A eso me refería. Creí que pensaba que había venido a ver al profesor...

MISTRESS COTTON.—No, le oí muy bien. Dijo que mistress Linden. Además, él está en el colegio los viernes por la tarde... Ni siquiera ha podido ver a su familia... Acaban de llegar en un cochazo, desde Londres. Gasolina a todo pasto. Pero el dinero no importa... Es cosa del hijo, de Rex...

LOCKHART.—¡Ah!... ¿Está él aquí?

MISTRESS COTTON.—Sí; con sus dos hermanas. Todos que ni pintados. Ella está enseñándoles sus cuartos. Andan muy alborotados. Va a haber jaleo aquí este fin de semana... Los techos que se caen..., solo son el principio; ya lo verá. Hoy cumple años el profesor; no lo olvide. Se aproximan grandes cambios. Voy a decirle a mistress Linden que está usted aquí. *(Va hasta la puerta y se vuelve, confidencial.)* No crea todo lo que le diga. Está fuera de sí. Es por tener aquí a Rex. Yo me habría puesto lo mismo. *(Sale, dejando a* LOCKHART *aturdido. El visitante fisga un rato a su alrededor, prueba un asiento con precauciones, y se levanta un segundo antes que entre* MISTRESS LINDEN, *una mujer cercana a los sesenta, no muy elegante, aunque lleva sus mejores galas, y de modales bruscos y vivaces.)*

MISTRESS LINDEN.—¿Qué tal, míster Lockhart? Espero que no lleve aquí mucho tiempo. La pobre mistress Cotton no está..., bueno..., del todo...

LOCKHART.—Sí, ya me di cuenta.

MISTRESS LINDEN.—Le ocurre solo a veces, cuando pasan cosas que la alteran. Hemos tenido un accidente con el techo del salón. La casa está verdaderamente imposible, y Robert no quiere en-

frentarse con el tesorero... Es propiedad de la Universidad, ¿sabe?... Propiedad de ustedes.

LOCKHART.—¿Quiere que yo le diga algo?

MISTRESS LINDEN.—Creo que ya no tiene importancia. La ocasión pasó hace diez años. Pero siéntese, míster Lockhart. Ha sido muy amable al venir tan pronto estando tan ocupado.

LOCKHART.—¡Oh, no es molestia! He disfrutado mucho del paseo. Han nacido ya los tulipanes en el parque del colegio y está delicioso.

MISTRESS LINDEN.—La verdad es que ni me he fijado. Los tulipanes nunca me han parecido flores de verdad; los encuentro cosa de decoración. Acaban de llegar todos los chicos, ¿sabe? Rex, Jean, e incluso Marion, que ha venido del mismo centro de Francia. Rex los ha traído desde Londres. De modo que toda la familia estará aquí este fin de semana... por primera vez desde hace años. ¿Se imagina lo que esto significa? No, claro, usted no puede... Ahora... *(Al decir esto, en tono confidencial, se le sienta más cerca y le mira muy seria.)* quiero que considere esta pequeña conversación como algo estrictamente reservado..., muy confidencial... Ni siquiera mi marido lo sabe, y creo que es mejor así, si no le importa.

LOCKHART.—No..., claro que no. Si realmente cree usted...

MISTRESS LINDEN.—Sí, lo creo. Esta conversación se refiere a él. Y acudo a usted no simplemente como secretario de la Universidad, sino también como amigo. Así le hemos considerado siempre Robert y yo.

LOCKHART.—Me alegra oírselo, mistress Linden... Y, desde luego, si hay algo que yo pueda hacer...

MISTRESS LINDEN.—Pobre míster Lockhart... ¿Cuántas veces tienes usted que decir eso?

LOCKHART.—Unas treinta al día, cuando menos. Bueno, incluidas las cartas. Pero esta vez lo digo muy de veras. En general, no ocurre así.

MISTRESS LINDEN.—En ese caso...

LOCKHART.—*(Animándola.)* Dígame...

MISTRESS LINDEN.—*(Lanzándose.)* ¿Hay señalada una edad de retiro para los profesores aquí en Burmanley?

LOCKHART.—La había. Los sesenta y cinco.

MISTRESS LINDEN.—*(Complacida.)* ¡Ah!... Ya me parecía.

LOCKHART.—El difunto vicecanciller hizo caso omiso de ello. Claro que durante la guerra era muy conveniente conservar a los viejos profesores. Pero ahora...

MISTRESS LINDEN.—Sí... ¿Cuál es la actitud del nuevo vicecanciller...? Nunca recuerdo su nombre.

LOCKHART.—El doctor Lidley.

MISTRESS LINDEN.—Doctor Lidley. ¿Cuál es su actitud? El no es muy viejo.

LOCKHART.—Unos cuarenta y cinco, creo.

MISTRESS LINDEN.—Estoy segura de que no quiere viejos en su profesorado.

LOCKHART.—*(Dudando.)* Pues... no..., no los quiere.

MISTRESS LINDEN.—A él no le gusta mi marido, ¿no es cierto? *(Mientras* LOCKHART, *violento, no responde.)* ¡Oh!... Lo sé muy bien. Tampoco a Robert le gusta él. Y no hace falta que ponga esa cara, míster Lockhart. Ahora no le hablo como funcionario de la Universidad. Está usted aquí como amigo..., y esto es puramente confidencial. El doctor Lidley y mi marido no congenian, ¿verdad?

LOCKHART.—Pues..., naturalmente, representan diferentes puntos de vista. Respecto a la Universidad, quiero decir. La verdad es que son totalmente opuestos. El profesor Linden vino aquí desde Oxford..., ¿verdad?

MISTRESS LINDEN.—*(Enfática.)* Efectivamente... Con gran disgusto mío... Aunque estas son ya cosas pasadas. Prometió que alguna vez volveríamos a Oxford..., y mírenos... Pero siga, siga...

LOCKHART.—Bien; él ha tratado siempre de que Burmanley sea lo más parecido posible a Oxford. El doctor Lidley es muy distinto. Ha conseguido grandes éxitos como director de educación en varias ciudades. Podríamos definirlo como un educacionalista a ultranza...

MISTRESS LINDEN.—*(Tranquila, pero firme.)* Míster Lockhart, francamente me importa muy poco lo que sea míster Lidley. La última vez que nos vimos me pareció uno de esos tipos brillantes e insoportables. Espero no volverle a ver. Y de esto es de lo que quería hablarle.

LOCKHART.—¿Cómo? ¿De no volver a ver al vicecanciller?

MISTRESS LINDEN.—En realidad, equivale a eso. Mi marido cumple hoy sesenta y cinco años. No debe seguir en Burmanley. Está cansado. Lleva aquí demasiado tiempo. Nunca ha podido con esos nuevos programas de trabajo que están ustedes imponiendo. *(Se interrumpe para mirarle con dureza; y después, suavemente.)* Míster Lockhart, por lo que leo en sus ojos, juraría que ya ha oído a otras personas lo que acabo de decirle sobre mi marido.

LOCKHART.—*(Violento.)* Realmente, mistres Linden, me pone usted en una situación...

MISTRESS LINDEN.—*(Levantándose.)* Las esposas no pueden permitirse ciertos escrúpulos. *(Mientras* LOCKHART *se levanta, ella le contempla sonriente.)* Creo que usted aprecia a Robert...

LOCKHART.—Sí, la mayor parte de nosotros. Quiero decir de los antiguos.

MISTRESS LINDEN.—*(Despacio, muy suave.)* Entonces, si desea hacerle un favor, no se oponga a ninguna tentativa del otro bando por librarse de él. Debe marcharse. Y aunque es obstinado, no se quedará donde no le quieren.

LOCKHART.—*(Sorprendido y balbuciente.)* Pero... piense que... si él mismo...

MISTRESS LINDEN.—*(Interrumpiéndole, ahora en ama de casa.)* ¿Tomará una taza de té? Creo que ya lo tenemos aquí.

LOCKHART.—No, gracias. He de volver a mi despacho. *(Entra* MISTRESS COTTON *con una gran bandeja, o, mejor, empujando una mesilla de ruedas, con té para cinco o seis personas, pan, mantequilla y tarta.)*

MISTRESS COTTON.—Ahora vendrá la familia. Ya les he dicho que está preparado. *(Sale, dejando la puerta abierta.)*

MISTRESS LINDEN.—Tendrá que quedarse a saludar a Rex y a las chicas. *(Entra* JEAN, MARION *y* REX. REX *es el mayor. Unos treinta y cinco años, agradable aspecto, despreocupado, lleno de buen humor y de confianza en sí mismo, y bien vestido, en un estilo cómodo.* JEAN *es una mujer guapa y cuidada, en el comienzo de la treintena, de una apariencia fría y perfilada, muy en profesional.* MARION, *uno o dos años más joven, es bonita y suave, y va muy bien vestida con modelos franceses.)*

REX.—*(A* LOCKHART.) ¿Qué tal? ¿Se acuerda de mí?

LOCKHART.—*(Dándole la mano.)* Pues claro, Rex. Tienes muy buen aspecto.

REX.—Me siento como nunca.

MISTRESS LINDEN.—*(A sus hijas.)* ¿Os acordáis de míster Lockhart, el secretario de la Universidad? *(A* LOCKHART, *mientras ellas sonríen.)* Esta es Jean..., ahora la doctora Jean Linden, del Hospital de Middlessex. Y esta Marion, que ha venido del corazón de Francia, porque ahora es madame de St. Vaury.

REX.—Una auténtica vieja aristócrata francesa que se pregunta qué será esto de Burmanley.

MARION.—*(Molesta.)* No te hagas el gracioso, Rex.

JEAN.—*(Con frialdad.)* Sé lo que quiere decir.

LOCKHART.—*(Presuroso.)* Parece que fue ayer cuando ibais al colegio..., y ya... Me hacéis sentirme viejo. ¿No hubo aquí un René de St. Vaury poco antes de la guerra?

MARION.—*(Sonriendo.)* Sí. Volví a encontrarle en Londres durante la guerra, cuando estaba con De Gaulle, y... Llevamos casados cuatro años... Tenemos dos hijos...

LOCKHART.—¡Espléndido!

MISTRESS LINDEN.—¿Está seguro de que no puede quedarse al té?

LOCKHART.—No, gracias. Bueno..., me alegro mucho de haberles visto a todos. *(Sonrisas e inclinaciones. Todos murmuran «Buenas tardes» o «Adiós», y* MISTRESS LINDEN *sale acompañándole. Los otros tres se miran.)*

REX.—*(En voz baja.)* Apostaría a que mamá está tramando algo con el pobre Alfredito Lockhart. Lo he visto en sus ojos. ¿Tomamos el té?

MARION.—Querrá servirlo ella. *(Examina la bandeja con gesto de repugnancia.)* Fijaos en esto... ¡Puaf!

JEAN.—Sí, es bastante sórdido. Pero todos estamos acostumbrados a ello. ¿Qué otra cosa puedes esperar?

MARION.—Pues a eso me refiero. Si una de nuestras doncellas

trajese una bandeja con este aspecto, a René y a su madre les daría un ataque.

REX.—*(Cogiendo un trozo de tarta.)* Esto es la Inglaterra laborista, pequeña. No tu viejo mundo católico y aristocrático, con un bonito «mercado negro» al lado. Ni tampoco el nuevo mundo de Jean. *(Después de mordisquear la tarta.)* Si el serrín no anduviese tan escaso, diría que este pastel está hecho de serrín. (MISTRESS LINDEN *vuelve, sonriente, cerrando la puerta tras de sí.)* Bueno, mamá. ¿Qué estás tramando con el pobre Alfredito Lockhart?

MISTRESS LINDEN.—Era solo una pequeña charla acerca de tu padre. Ahora vamos a ponernos cómodos. ¿Tomarás té, Rex?

REX.—Una taza, sí.

JEAN.—Marion y yo también queremos.

MISTRESS LINDEN.—Naturalmente, hija. Pero los hombres no siempre quieren té... Por eso lo he preguntado. Me temo que el pastel no esté muy bien.

REX.—No lo está. Ya lo he probado. Prefiero el pan con mantequilla. (MISTRESS LINDEN *sirve;* JEAN *y* MARION *están sentadas junto a ella, y* REX *reparte pan y mantequilla, tazas, etc. El diálogo prosigue mientras toman el té.)*

MISTRESS LINDEN.—Es una vergüenza que no hayas podido traer a los niños, Marion.

MARION.—Me fue realmente imposible. Y «belle-mère» se puso furiosa solo porque dije que me gustaría traerlos.

MISTRESS LINDEN.—Se olvida de que tienen otra abuela...

MARION.—No puedes decir eso, cuando ella y René están siempre sugiriendo que vayas a pasar temporadas con nosotros. Hablamos de ello la semana pasada, cuando cenó en casa el padre Honoré. Es un hombre tan inteligente... y... *(Se interrumpe.)*

MISTRESS LINDEN.—¿Y...?

MARION.—*(Breve.)* Te lo contaré más tarde. No vamos a enfadarnos ahora por eso. (MISTRESS LINDEN, *intrigada, mira alternativamente a sus dos hijas.* REX, *que no pasa nada por alto, interviene.)*

REX.—Tiene razón Marion, mamá. Solo sirve para reñir. Ella y Jean no dejaron el tema durante todo el camino. Ese padre no sé cuantos es un auténtico disparador para Jean.

MISTRESS LINDEN.—Pero, Jean..., si Marion quiere hablar...

JEAN.—Yo no le he dicho que se calle... y Rex exagera..., como de costumbre.

MARION.—*(Con calor.)* No, no exagera. ¿Qué culpa tengo yo... de que seas desgraciada?

JEAN.—*(Con frialdad.)* ¿Desgraciada? ¿Quién es desgraciada? ¿De qué hablas?

MARION.—Vamos, no te pongas así. No soy uno de tus pacientes del hospital. ¿Crees que no te conozco? Te sientes desdichada por algo..., lo que sea... Y quieres desquitarte conmigo. O lo intentas..., como hiciste siempre.

MISTRESS LINDEN.—Vamos, Marion, no debes hablar así.

MARION.—Pero si es cierto, mamá. Apenas digo algo que le recuerde que ahora soy católica, ella replica en un tono odioso e hiriente. No, Rex; no voy a empezar otra vez. También yo creo que hemos tenido suficiente. Solo diré una cosa: me hice católica por René; pero ahora estoy muy contenta de serlo. Y cuanto más os veo, no, a ti no, mamá..., y veo... todo esto..., más gracias doy por tener una fe y pertenecer a una comunidad que será anticuada, como decís; pero sigue siendo civilizada. *(A JEAN, desafiante.)* Ahora continúa... Vuelve a llamarme fascista...

JEAN.—*(Con frialdad.)* ¿Por qué? ¿Es que te gusta?

MISTRESS LINDEN.—Vamos, callaos las dos. Si esa es vuestra manera de trataros, estoy de acuerdo con Rex... Tiene que acabarse.

MARION.—Lo siento, mamá. Yo he terminado.

MISTRESS LINDEN.—¿Es que ocurre algo, Jean? Pareces..., no sé..., algo violenta.

JEAN.—*(Cortante.)* He trabajado mucho últimamente; no es más que eso. En el hospital estamos todos agotados. Y con una terrible escasez de enfermeras... y de servicio... Nos falta de todo..., menos pacientes. Bueno, no hablemos más de esto.

MISTRESS LINDEN.—¿No podrías solicitar algún puesto más fácil en otra parte?

JEAN.—Por ahora, no. Pero me gustaría encontrar algo menos inútil. La mitad de los que tratamos de enderezar lo mismo podrían estar muertos... Solo viven a medias...

MARION.—*(Con calor.)* Eso es solo maldad...; sí, pura maldad...

JEAN.—Yo en tu lugar no lo llamaría de ningún modo, a menos que estuviese dispuesta a dejar mi delicioso castillo y a todos mis fieles campesinos para hacer el turno de noche durante unos meses.

MARION.—*(Acalorada.)* Y eso es...

REX.—*(Interrumpiéndola, inapelable.)* Se acabó, chicas. Ya hemos tenido bastante. Se nos ha llamado aquí para una urgente reunión familiar..., negocios y placer, espero..., y la polémica católico-comunista queda cerrada durante el fin de semana.

MISTRESS LINDEN.—Es lo que yo iba a decir, Rex. Dinah y tu padre volverán en seguida.

REX.—¿Cómo está Dinah... y qué hace por ahí?

MISTRESS LINDEN.—Tenía ensayo con la orquesta y no hay quien la haga faltar. Está muy bien y es muy feliz, pero sigue siendo la misma niña extraña. ¿Alguien quiere más té? No debiera decirlo; pero la pobre mistress Cotton, que por su gusto se pasaría el día haciendo té, no tiene la menor idea de cómo se hace.

JEAN.—A casi todas les ocurre igual. Son incapaces de hacer nada a derechas.

REX.—Realmente, no les tienes gran cariño a las masas, ¿verdad, Jeannie?

JEAN.—No, claro que no. Por eso quiero verlos convertidos en

seres conscientes y civilizados. *(Suena el teléfono.* JEAN *va a acudir; pero* REX, *ya de pie, se le adelanta.)*

REX.—*(Yendo al teléfono.)* Yo contestaré. Espero una llamada. *(Al teléfono.* Dígame... Sí, aquí es... Sí, al habla. Adelante... Sí, Fraser; aquí Rex Linden... Sí. ¿Qué le dijo? Ya... Bueno, ofrézcale veinticinco. Al contado... Cuando él quiera, si se larga de ahí al momento, llevando solo sus cosas personales y algún recuerdo sentimental... Sí, veinticinco mil... Ya le he dicho que al contado... Está bien. Llámeme aquí más tarde. *(Vuelve, al parecer contento de sí mismo; saca su pitillera, ofrece a su madre y a* MARION, *que hacen gestos negativos, y después a* JEAN, *que acepta. Enciende los cigarrillos durante el diálogo.)*

MISTRESS LINDEN.—¿Qué? ¿Otro de tus misteriosos negocios?

REX.—No, nada de eso. ¿Recuerdas que te hablé de una casa de campo en Hampshire, una pequeña residencia con unos diez acres de terreno y todas las comodidades?

MISTRESS LINDEN.—*(Con excitación.)* ¿Vas a comprarla?

REX.—Ya me oíste. Veinticinco mil, tal como está. Sir Charles sale y entra míster Rex Linden. Creo que aceptará, aunque hubiese conseguido mucho más subastándolo todo. Pero le corre prisa el dinero para irse a Africa.

MISTRESS LINDEN.—Pero Rex, querido, eso será maravilloso... Y en el momento justo. Espero que lo consigas.

REX.—Apostaría diez a uno... Y esta misma noche; ya lo veréis.

MARION.—Pero ¿puedes permitirte gastar veinticinco mil libras... así?

REX.—Sí. Y bastante más, nenita. Parezco un tipo vulgar, ¿no? Y quizá lo sea. Esto es un pensamiento solemne.

MARION.—Pero ¿cómo consigues tanto dinero, Rex? No lo comprendo. ¿Cómo te las arreglas? René me lo preguntaba el otro día.

REX.—Te aseguro que no doy golpe.

JEAN.—*(Secamente.)* Ya lo suponemos.

REX.—Vivo de mi ingenio, jugando con los muchachos de la City. En realidad, soy una especie de vividor..., libre de impuestos, como ellos. Un ciudadano de lujo.

MISTRESS LINDEN.—Hijo, nadie sabe de qué estás hablando.

JEAN.—*(Levantándose.)* Yo sí. Y me parece bien. ¿Qué hacemos con esto?

MISTRESS LINDEN.—*(Levantándose.)* Quitaremos la mesa y fregaremos nosotras mismas... No quiero abusar de mistress Cotton. Pensé que hoy cenaríamos fuera, pero esta casa no tiene remedio. *(Se disponen a salir con el carrito o bandeja y el servicio de té. Mientras cruzan la habitación, se oye, lejano, el timbre de la puerta de entrada.)* Rex, ¿quieres ver quién llama? *(La escena queda vacía unos instantes. Vuelve* REX *con* EDITH WESTMORE, *una estudiante de unos veinte años, que trae una pequeña cartera barata. Usa gafas, va despeinada y su ropa es gastada y vulgar, pero*

no carece de atractivo y no ha de ser grotesca ni cómica. Tiene un leve acento provinciano y modales forzados, mezcla de timidez y desconfianza. Su aspecto es agradable, pero un tanto patético. REX *la trata con más deferencia de la que pudieran sugerir sus convicciones.*

REX.—Me temo que tendrá que esperar. Mi padre no ha vuelto, aunque creo que no tardará.

EDITH.—Sí, estuve en su clase. Yo... Nosotros... Bueno, otro estudiante y yo, le vemos siempre los viernes a esta hora... Escribimos un trabajo para él todas las semanas...

REX.—*(Sonriendo.)* Lo sé. Explican la guerra de los Treinta Años. Pero siéntese. *(Ella se sienta y él permanece en pie.)* ¿Fue buena la conferencia?

EDITH.—*(Con entusiasmo.* ¡Ah, sí! ¡Maravillosa! Lo hace parecer todo tan claro... Y tan interesante... Y es muy difícil tomar notas..., de manera que, al final... *(Se detiene, vacilante.)*

REX.—No recuerda uno una palabra.

EDITH.—¿Cómo lo sabe?

REX.—Fui estudiante de Historia. *(Saca su pitillera, de un modelo muy caro.)* ¿Un cigarrillo mientras espera?

EDITH.—*(Dudando.)* Yo... Bueno... Gracias. *(Lo toma y él le ofrece fuego. Fuma con algún desmaño.* REX *la contempla inquisitivo.)*

REX.—¿Sabe que ese color de labios no le va?

EDITH.—*(Desolada.)* ¿Cree usted? Sí..., supongo que tiene razón.

REX.—Necesita un tono más oscuro. ¿No le importa que le diga estas cosas?

EDITH.—*(No muy segura.)* No..., creo que no. Claro que resulta algo... violento. Usted vive en Londres...

REX.—Sí, ahora soy un tipo del West End.

EDITH.—Yo, sabe..., no tengo mucho tiempo... para ponerme guapa. Ni dinero. La beca... apenas da para vivir, si no se tiene ayuda de casa... Y yo no la tengo. *(Mientras él continúa mirándola.)* Bueno..., ¿qué más encuentra mal? Parece usted bastante experto.

REX.—Lo soy. Vamos a ver... Supongamos que se quita las gafas... *(Ella lo hace.)* Y que después se echa el pelo hacia atrás... y hacia arriba... Permítame que le sostenga el cigarrillo... No, no..., más atrás... Y ahora hacia arriba... *(Siguiendo sus instrucciones, ella se coloca el pelo de un modo que la va mucho mejor. Ahora tiene un aspecto completamente distinto, muy atractivo, y le sonríe indecisa. ¡Qué diferencia! Se quedaría sorprendida. Ahora no habría chico que no sintiese ganas de besarla. Sin reaccionar, ella sigue con el rostro hacia arriba, sonriendo vagamente.)* Quiero decir... una cosa así. *(Se inclina y la besa, con aire diestro y afectuoso, pero sin apasionamiento. Cuando se retira, ella deja caer su pelo, lanza un breve sollozo, extraño y ahogado, vuelve la cara y rebusca su pañuelo.)* ¡Oh! ¡Cuánto lo siento! No pretendía...

EDITH.—*(Interrumpiéndole, sofocada.)* No, no es por usted... Si no me ha importado... Es solo que..., de pronto, me he sentido tan desdichada..., tan falta de esperanza... ¿Dónde habré metido el pañuelo?

REX.—*(Ofreciéndole el suyo.)* Tenga el mío. *(Ella lo toma y se lo lleva a los ojos.)* ¿Por qué había de sentirse de pronto desdichada... y falta de esperanza?

EDITH.—No sé. Soy una estúpida... Es todo tan confuso...

REX.—No se preocupe. ¿De qué trata el ejercicio de esta semana?

EDITH.—*(Todavía llorosa.)* De Carlos Quinto.

REX.—Vamos, tenga su cigarrillo. *(Se lo da. Ella se lo deja en la boca y se vuelve a poner las gafas.)* ¿Le importa algo Carlos Quinto?

EDITH.—*(Desesperada.)* No. Lo he intentado... El profesor Linden es tan amable... y yo tengo que abrirme camino... En casa confían en mí... Pero mi ejercicio es tan aburrido, tan estúpido...

REX.—*(Suavemente.)* Le diré un secreto sobre Carlos Quinto, si me promete no contárselo a mi padre.

EDITH.—*(Entre humo, llanto y risa.)* De acuerdo. ¿De qué se trata?

REX.—Carlos Quinto no importa un rábano. Llevo años sin pensar en él y lo estoy pasando como nunca.

EDITH.—Sí, pero para usted es diferente. En casa no hay dinero... y me fue muy difícil conseguir esta beca.

REX.—Pues deje de preocuparse y saque el mejor partido de usted misma y de todo lo demás. ¿Cómo se llama?

EDITH.—Edith Westmore.

REX.—Bien, Edith; este es mi consejo: empiece a vivir. No queda mucho tiempo.

EDITH.—¿No queda mucho tiempo para qué?

REX.—Para nada. Y menos para Carlos Quinto. El ya tuvo su parte. Más nos valdrá a nosotros disfrutar de la nuestra mientras podamos.

EDITH.—Eso está muy bien; pero creo que se burla de mí.

REX.—En absoluto. En mi vida he hablado tan en serio. Se lo aseguro: no queda mucho tiempo. *(Pausa con intercambio de miradas, sombrío él, ella en un mar de duda. Entra* DINAH, *con un estuche de violoncello y un montón de partituras y libros. Tiene dieciocho años y una personalidad clara y vivaz, tan distinta a la de todos los demás personajes de la obra como si perteneciese a otra raza.)*

DINAH.—¡Rex!

REX—*(Que le profesa una clara preferencia.)* ¡Hola, Dinah! *(Se levanta, la besa en la mejilla y le revuelve el pelo, ya despeinado.)*

DINAH.—Siento no haber estado aquí cuando llegaste. ¿Trajiste a Jean y Marion?

REX.—Sí.

DINAH.—¡Qué bien! Yo tuve que ensayar con la orquesta.

REX.—¿Y cómo fue la cosa?

DINAH.—¡Somos horribles! *(Advierte la presencia de* EDITH.) ¡Hola!

EDITH.—*(Cohibida.)* ¡Hola!

DINAH.—No ha vuelto papá. Estará comprando jerez. Es su cumpleaños y vamos a tener una especie de reunión de familia.

EDITH.—Quizá sea mejor que me vaya.

DINAH.—Yo esperaría. Ya, de haber venido... Sí, esta tarde estuvimos peor que nunca. ¿Tocaste alguna vez en la orquesta, Rex?

REX.—Toqué el triángulo y la caja durante un curso... Allá por los tiempos de la crisis mundial. ¿Qué *ejecutáis* ahora?

DINAH.—La *Nuevo Mundo,* de Dvorak. Y hoy estaban todas las partituras revueltas, y una de las veces, Mary Stockfield, que es la otra «cello», y yo, andábamos por el tercer tiempo cuando los demás habían vuelto al primero. Yo lo encontraba formidable, muy parecido a Bartok; pero al viejo Nubby, que es ahora el director, no le gustó y se puso furioso. ¿Cómo están Jean y Marion?

REX.—Con ganas de pelea. Ya sabes... En el coche era como haberse encontrado haciendo *auto-stop* a Santo Tomás y Lenin. Añade el desdén femenino y unos extraños celos... Esas chicas están mejor separadas.

DINAH.—Tengo que ir a hablar con ellas. Supongo que le habrás traído una buen regalo a papá. Después de todo, eres el rico de la familia.

REX.—Lo soy y se lo traje. Una caja de pipas. Algo superespecial. Me costó mi trabajo encontrarla, te lo aseguro...

DINAH.—*(Todavía junto a la puerta.)* ¡Chis! Creo que es él. *(Abre la puerta y llama.)* Ya han llegado, papá.

REX.—*(Yendo hacia la puerta.* Aquí me tienes... *(Sale* REX, *dejando abierta la puerta.* DINAH *sonríe a* EDITH, *que se levanta algo nerviosa.)*

EDITH.—Estoy segura de que preferiría no ocuparse de mí esta noche.

DINAH.—Bueno, puedes probar... Aunque hoy es todo algo especial. ¿No solía venir contigo los viernes ese chico tan tétrico?

EDITH.—Sí; Bernard Fawcett. No sé qué le ha pasado.

DINAH.—Estará rumiando sus desgracias. Bueno, tengo que irme con mis hermanas. Hace siglos que no las veo. (EDITH *saca su ejercicio de la cartera, mientras sigue de pie. Entra el* PROFESOR LINDEN. *Viste con desaliño, pero tiene cierta distinción. Aparenta su edad y se le nota cansado, aunque se advierte en él una especie de juventud.)*

PROFESOR.—¡Hola, Dinah! ¿Buen ensayo?

DINAH.—¡Horroroso! *(Sale* DINAH.)

PROFESOR.—Siento haberla hecho esperar, miss Westmore. No la he olvidado, pero tuve tanto que hacer... Siéntese. ¿Dónde está Fawcett?

EDITH.—*(Sentándose.)* No lo sé, profesor. No le he visto esta tarde.

PROFESOR.—*(Cargando su pipa.)* Bueno; tendremos que pasarnos sin él.

EDITH.—Profesor, he pensado... que quizá... teniendo aquí a toda su familia... preferiría no ocuparse de nosotros esta noche.

PROFESOR.—No, no. Pero, si no le importa, la retendré poco tiempo. ¿Es ese su trabajo? Gracias. *(Ella se lo da. El enciende la pipa antes de examinarlo, sentado en el brazo del sillón.)*

EDITH.—*(Con timidez.)* ¿Puedo decirle... felicidades?

PROFESOR.—*(Sonriendo.)* Puede... y se lo agradezco mucho. Sesenta y cinco ya... Debería sentir algo especial; pero he tratado de notarlo durante todo el día sin conseguirlo. La última vez que noté algo concreto fue al cumplir los cuarenta... y nunca he vuelto a sentirme tan viejo. Vamos a ver... *(Empieza a recorrer el ejercicio con ojo experto, y se interrumpe para tomar una carpeta y dársela a* EDITH.) Ahí encontrará unas reproducciones de Peter Breughel. Echeles un vistazo. Es uno de mis grandes favoritos. Terrenal y fantástico a la vez. Vida auténtica, pero con atisbos de un mundo mágico. Fíjese en sus inviernos y veranos, y en esos aldeanos borrachos y retozones. *(Mientras ella lo hace, alguien llama.)* Adelante. *(Entra* BERNARD FAWCETT. *Es un joven amargo y agresivo, que hoy está acatarrado. Va vestido con desaliño y trae algunos libros.)*

FAWCETT.—*(Luchando con su nariz y su garganta.)* Siento haberme retrasado. Fui a la farmacia y tardaron mucho en despacharme.

PROFESOR.—También yo he llegado tarde. Y me temo que va a haber que dejarlo en seguida. Tenemos una pequeña reunión de familia. Déjeme su trabajo... y siéntese. (FAWCETT *le entrega su ejercicio y se sienta. El* PROFESOR *lo examina rápidamente, como hizo con el de* EDITH. *Al cabo de un momento, mira a* FAWCETT, *blandiendo su escrito.)* ¿Insulso, no le parece?

FAWCETT.—Creo que sí. Cuando estoy acatarrado no consigo interesarme por nada.

PROFESOR.—Tampoco miss Westmore lo consiguió. Son cosas tan lejanas que ¿a quién le importan?

EDITH.—*(Levantando la vista.)* Lo siento, profesor.

PROPESOR.—¿Le gustan esos Breughels? ¿No los encuentra fascinantes?

EDITH.—Sí..., pero me gustaría verlos despacio.

PROFESOR.—No hay inconveniente. Lléveselos. Pero lo decisivo es que ese hombre era un súbdito de Carlos Quinto. Y habría que considerar al emperador sobre el fondo que sugiere el temperamento de Breughel el Viejo. La cosa es importante, ¿no le parece?

EDITH.—*(Impresionada.)* Pues... sí..., es algo en lo que no había pensado.

PROFESOR.—Claro. Usted lo vio como un montón de cosas aburridas que había que enjaretar esta semana para el viejo Linden,

y lo mismo hizo su compañero. ¿No es verdad, Fawcett? Todo mientras la vida real zumbaba a su alrededor. Díganme..., ¿no estuvieron los dos mezclados en esa trifulca sobre las estudiantes del Sindicato?

EDITH.—*(Vivamente.)* Sí, yo sí. Y no me importa lo que digan, porque...

FAWCETT.—*(Interrumpiéndola, ahora despierto.)* Espera un poco antes de hablar. Apuesto a que el profesor no sabe...

EDITH.—*(Impetuosa.)* Yo puedo decirle cómo empezó. En primer lugar, la culpa no fue nuestra...

FAWCETT.—*(Alzando la voz.)* Pues claro que lo fue. Si las chicas no os hubieseis empeñado...

EDITH.—*(De igual modo.)* Teníamos perfecto derecho a hacerlo... Mire, profesor Linden; lo que pasó fue que...

PROFESOR.—*(Con firmeza.)* Miss Westmore, no tengo el menor interés en saberlo.

EDITH.—*(Desilusionada.* Creí que le interesaría...

PROFESOR.—No; solo quería mostrarles lo que es realmente la historia. Y, entre otras cosas... es ese jaleo del Sindicato, que hoy les parece tan vital, tan serio, tan urgente, y del que están dispuestos a hablar como máquinas durante una hora. Ahora recuerden cómo se sentían mientras escribían esto... Exactamente lo contrario. *(Por los dos ejercicios.)* Vamos a olvidarnos. ¿No les parece? *(Los rompe y los tira a la papelera. Después, rebusca en sus bolsillos hasta sacar una tarjeta de invitación.)* Esto es una entrada bipersonal para un mitin..., de indignación, supongo..., que la Sociedad de Vigilancia de los Ciudadanos de Burmanley celebrará mañana por la tarde en la casa consistorial. Nuestro amigo el profesor Crockett figura entre los oradores, y a Crockett siempre vale la pena escucharle. De modo que les sugiero que vayan juntos, *block* en mano, y me escriban después sendos trabajos... sobre la influencia de la Inglaterra de los Tudor en la Sociedad de Vigilancia de los Ciudadanos de Burmanley.

FAWCETT.—*(Asombrado.)* ¿De la Inglaterra de los Tudor?

PROFESOR.—*(Con firmeza.)* La Inglaterra de los Tudor... y la Sociedad de Vigilancia, etc., etc.

EDITH.—Pero ¿cómo es posible? Quiero decir... No habrá ninguna relación entre la Inglaterra de los Tudor y... ese mitin...

PROFESOR.—Bueno; si no la hay, díganlo así... Pero estoy seguro de que la habrá. Aun sin ir al mitin, se me ocurren varios posibles lazos de importancia.

FAWCETT.—*(Que se ha levantado.)* Probaremos, de todos modos. *(Duda.)* Profesor Linden, ¿puedo preguntarle una cosa?

PROFESOR.—Sí. ¿Sobre Carlos Quinto?

FAWCETT.—No, míster Linden. ¿Qué cree usted que es lo mejor para el catarro?

PROFESOR.—Mi querido amigo, durante sesenta años, me han administrado de todo, desde eucalipto hasta sulfamidas, vitaminas y no sé cuántas cosas más. Le sugiero oraciones, ayuno y pacien-

cia... Y no lo fomente mimándolo demasiado. Trate de pensar en otra cosa. En la historia de Europa, por ejemplo... *(Entra* MARION, *que se detiene al ver a los estudiantes.)*

MARION.—¡Ah!... Perdona, papá.

PROFESOR.—No. Pasa, Marion. Hemos terminado. Esta noche les he robado unos cuantos minutos. *(Mientras* MARION *se acerca.)* Dos de mis discípulos... Mis Westmore... Míster Fawcett... Mi hija, madame de Vaury. *(Murmuran saludos, de pie ambos estudiantes.)* Ahora, Fawcett, aquí tiene la entrada. No falten. Y si continúan sin encontrarle sentido a mi tema, sigan trabajando en él y ténganme al corriente. Llévese la carpeta si quiere, miss Westmore.

EDITH.—*(Uniéndola a sus otras cosas.)* Muchísimas gracias.

PROFESOR.—La semana próxima, a la misma hora; si no vienen antes... en busca de auxilio. *(Les acompaña a la puerta, que abre sonriendo.)* Me gustó su carta al periódico, Fawcett. Equivocada de la fecha a la firma, pero me gustó. Y usted siga con su ojeada a Breughel el Viejo. Buenas noches. Buenas noches.

EDITH y FAWCETT.—Buenas noches, profesor. *(Salen. El cierra la puerta y sonríe a* MARION.)

PROFESOR.—Ahora, nosotros... *(La besa en la mejilla.)*

MARION.—Muchas felicidades, papá.

PROFESOR.—*(Cogiéndola del brazo.)* Gracias, Marion.

MARION.—Te he traído un regalo estupendo. Dos botellas de auténtico Armañac.

PROFESOR.—*(Encantado.)* ¡Armañac! Mi querida niña, es un regalo maravilloso. Hace lo menos seis o siete años que no lo pruebo. Cada sorbo será unas vacaciones en Francia.

MARION.—Ahora es difícil conseguirlo, incluso allí. Fue cosa de René. Te manda un abrazo. Le fue imposible dejar aquello... Quería venir, claro.

PROFESOR.—¿Y los niños?

MARION.—Gordos y saludables. He traído algunas fotos. Ya las verás.

PROFESOR.—Cuando tú quieras *(La contempla inquisitivo.)* Tienes buen aspecto, Marion. ¿Te encuentras bien allí? Quiero la verdad. Entre nosotros.

MARION.—Sí, ahora estoy muy bien. Al principio no fue fácil... Peor de lo que suponía... Eran todos muy amables, pero me hacían sentirme una extraña. Los franceses de esa clase forman un clan tan cerrado...

PROFESOR.—Lo sé... Debe de haber sido como abrirte camino en un pajar. La madre de René me parecía una suegra de Balzac... un granadero de la vieja Guardia.

MARION.—Bueno, ahora todo marcha bien. Y la parte religiosa me ha ayudado mucho. Eso y los niños. De modo que ya soy uno de ellos.

PROFESOR.—Supongo que así será, si así lo quieres. Recuerdo que siempre deseabas algo diferente. Y aquello debe de serlo.

MARION.—Sí, e incluso lo encuentro mejor ahora que he vuelto. *(Con vehemencia súbita.)* Es inútil papá. Tengo que decírtelo. Odio todo esto. Es tan gris, tan descuidado... Nunca me gustó, pero ahora es muchísimo peor. Fíjate en esos dos que acaban de salir... Ya eran bastante malos antes de la guerra, pero no tan horribles como esa pareja. Me resulta odioso imaginarte aquí, con esa loca de mistress Cotton haciendo el fantasma por la casa, y tú tratando de enseñar historia a tipos tan absurdos como esos dos. ¡Si solo con verlos...!

PROFESOR.—*(Con suavidad.)* No son mis alumnos más brillantes, pero sí mejores de lo que parecen. Quizá todo lo somos ahora. Sé algo de ellos... De dónde vinieron, cómo lucharon para llegar aquí..., las dificultades con que tropiezan... y... bueno, no puedo estar de acuerdo contigo. Burmanley es así, bien lo sabes.

MARION.—Sí, y no quiero volver a verlo. Jamás. Tienes que venir y quedarte con nosotros desde ahora mismo, papá. René dice lo mismo.

PROFESOR.—Lo intentaré, aunque las vacaciones en el extranjero resultan incómodas.

MARION.—Pero, papá; pareces tan cansado, y...

PROFESOR.—Y tan viejo. Vamos, dilo.

MARION.—*(Con dulzura.)* Sí, pareces mucho más viejo. Más de lo que debieras. Cuando pienso en Gustave, el tío de René, que tiene bastantes más años que tú... Y es todo por Vaury... por aquella vida... *(Se interrumpe, mirándole indecisa.)* ¿Puedo decirlo, papá?

PROFESOR.—Puedes decir cuanto quieras, hija.

MARION.—Mamá dice que vas a cobrar algún dinero, de tu seguro dotal. Te sería fácil hallar alguna excusa—la salud, un libro..., algo—para dejar esto y venirte a vivir junto a nosotros en Vaury.

PROFESOR.—¿Y por qué, Marion?

MARION.—Porque es una vida infinitamente mejor que esta. Mejor en todo. Aquello pertenece todavía a la vieja tradición civilizada, sobre todo si pudieses, como yo..., hacerte católico. Ahora comprendo que el padre Honoré tenía razón... Ese es el secreto..., la fe. Eso..., y la tierra..., y todo el modo de vivir tradicional. *(Con matiz de desafío.)* Hablo muy en serio, papá. Al principio lo hice solo por René, pero ahora sé que valía la pena por sí mismo. Ya no podría vivir de otro modo.

PROFESOR.—*(Desenfadado pero con cierta gravedad.)* Eso es asunto tuyo, Marion. Siempre lo he dicho y he tratado de no inmiscuirme. ¿No es así?

MARION.—Sí. Mamá lo intentó al principio, pero tú no.

PROFESOR.—De modo que si es eso lo que quieres, si eso te satisface...

MARION.—Más aún... Me hace profundamente feliz.

PROFESOR.—Magnífico, entonces. Pero no trates de ofrecérmelo a mí o a la mayoría de nosotros. Ya lo probamos una vez. Los campesinos, los señores en sus castillos..., los sacerdotes, toda la

tradición..., y no resultó. Tampoco ahora resulta, salvo en ciertos lugares. Y esos realmente dependen de otros; de este Burmanley, por ejemplo. Hay otra cara de la medalla, Marion..., otra cara muy oscura. A veces tan negra como las camisas de los fascistas... Estás viviendo una vida muy agradable, no lo dudo, hija; pero eso no puede resolver ni uno solo de los grandes problemas humanos.

MARION.—Ha resuelto el mío.

PROFESOR.—Pero no el mío..., no el nuestro..., no el del mundo. No, pequeña. Me sentiría como viviendo en la Casa de las Palmeras, de Kiew. Muy bien para unas vacaciones, pero... *(Entra* JEAN. *El se vuelve a la vez.)* ¡Jean!

JEAN.—Hola, papá. ¡Felicidades! *(Se besan.)* Te he traído algunos libros. Los dejé arriba. Uno es la nueva «Historia Social», de Beckel.

PROFESOR.—Gracias, hija. Disfrutaré discrepando de ese Beckel una vez más... Dos partes de Marx, una de Freud, un chorro de Paulov y espolvoréese bien con jerga sociológica. Esta tarde me he pasado media hora para encontrar una botella de algo que no será probablemente más que jerez de cocina. Pero lo que sea, voy a descorcharlo y lo probaremos. *(Sale.* JEAN *se sienta.)*

MARION.—*(Tras una pausa.)* ¿Cómo encuentras a papá?

JEAN.—*(Con calma profesional.)* No está mal... Son sesenta y cinco, no lo olvides.

MARION.—Tú le has visto más a menudo, pero para mí ha sido un verdadero «shock». Le encuentro como cansado, y mucho más viejo de lo que debiera. Acabo de decírselo.

JEAN.—Le habrá animado mucho.

MARION.—*(Con tono amargo.)* Supongo que es otra de esas personas que tú crees que lo mismo podrían estar muertas.

JEAN.—*(Furiosa, pero tranquila.)* Hazme el favor de no inventar estupideces para colgármelas a mí. Aunque el juego es muy típico...

MARION.—¿Típico... de qué?

JEAN.—De vosotras, las hermosas y tradicionales almas cristianas. Lo he notado a menudo. *(Quedan en silencio un momento, enfadadas, mirándose.)*

MARION.—Creo que la única explicación es que estás celosa de mí.

JEAN.—¿Cómo? ¿De René y de tu castillito?

MARION.—No. Pero sí celosa de lo que ahora siento... De mi paz de espíritu.

JEAN.—Tenemos montones de botellas de tu paz de espíritu en el dispensario. Lo inyectamos en los casos graves.

MARION.—*(Perdiendo la calma.)* ¡Oh..., no seas tan absurda! ¡Ni tan infantil!

JEAN.—*(Furiosa.)* Bueno..., realmente..., después del infantilismo con que me has tratado durante estas ocho horas...

MARION.—*(Enfadada.)* ¡Bah... cállate! *(Mientras se miran,* DINAH *,ahora más arreglada, entra con una bandeja y vasos.)*

DINAH.—*(Jovial.)* Lo que debéis hacer es tomaros unos copazos a la salud mutua... y después os sentiréis mejor.

JEAN.—No digo que no tengas razón; pero procura guardarte tus descaros.

DINAH.—Está bien. A ver si vais a echar a perder el cumpleaños de papá... Y, a propósito, ¿por qué os ha dado a todos por venir esta vez?

MARION.—Vaya, ¿es que no puede reunirse la familia?

DINAH.—Sí, claro. Pero lo de hoy no se parece a una reunión navideña... Es más bien cosa de negocios... Como esos personajes de las comedias y las novelas antiguas, que acuden a escuchar el testamento del difunto míster Jaspers leído por míster Groggins, el viejo abogado de la familia. De modo que, ¿de qué se trata?

MARION.—De aclarar algunas cosas. Sobre el retiro de papá... y todo eso.

DINAH.—El no quiere retirarse. Y esto me parece una conjura. Huelo la intriga, sobre todo por parte de mamá. *(Las mira y suelta la risa.)*

JEAN.—¿Qué te ocurre ahora?

DINAH.—De pronto me he acordado de aquella vez..., bueno, fue hace muchos años, era yo muy pequeña..., cuando pasábamos una temporada en Gales, y vosotras os peleasteis por la pasta de dientes o algo así.

MARION.—*(Sonriendo.)* Fue por la crema para el sol... y nos pegamos... ¿Te acuerdas, Jean?

JEAN.—Sí, y la crema se salió y lo pusimos todo perdido.

DINAH.—*(Sentándose en el brazo del sillón.)* Aquello era un paraíso... Olía a cal y a vacas, y había unas enormes gallinas pardas y esponjosas... y yo me sentía parte de todo ello... Era fantástico. Eso es lo que no me gusta de hacerse mayor. Se deja de formar parte de sitios como ese. Los mira uno como si estuviesen en un escaparate. Ya no volvemos a sentirnos absorbidos por ellos. ¿Y qué se consigue a cambio... al crecer?

JEAN.—Una conciencia..., un mayor desarrollo del yo.

DINAH.—Lo sé. Noto que los disgustos son cada vez más profundos. Pero dudo que valga la pena. Marion, mamá dice que si quieres añadir alguna fantasía francesa a la comida, ahora es el momento. Rex anda también por allí, tratando de hacer algo; pero no sé qué.

MARION.—*(Levantándose.)* Peor que a él no me saldrá. *(Sale.)*

JEAN.—*(Levantándose.)* ¿Dónde está papá?

DINAH.—Buscando el sacacorchos. Siempre lo pierde.

JEAN.—*(Con voz queda y rápida.)* Quiero poner una conferencia al hospital. Si me la dan, ¿no te importa salir y entretener a papá unos momentos hasta que haya acabado?

DINAH.—Está bien. *(Mientras* JEAN *va al teléfono.)* Aunque

apuesto a que del hospital no hay nada... Algún lío amoroso... Alguno que te trae de cabeza...

JEAN.—*(Al teléfono.)* ¿Central? Aquí Burmanley... Veinticinco ocho trece... Y quiero Londres Norte... cincuenta y cuatro ochenta y cuatro... Sí, esperaré...

DINAH.—¿No tengo razón?

JEAN.—Sí.

DINAH.—Lo sospechaba. Sabía que te pasaba algo. Pero esas cosas le van mejor a Marion que a ti. Creí que lo del amor romántico te parecía una estupidez de otros tiempos.

JEAN.—Y así es. Pero eso no lo remedia.

DINAH.—No; supongo que lo pone peor. Porque no se puede disfrutar de lo desgraciada que es una.

JEAN.—*(Con amargura.)* Y puede hacer que uno se desprecie a sí mismo. *(Al teléfono.)* ¿Hospital de Middlessex? Aquí la doctora Linden. Póngame con la doctora Shalgrove, por favor. *(A* DINAH, *con urgencia.)* Vamos, Dinah; date prisa. (DINAH, *que ha ido despacio hacia la puerta, sale precipitadamente. Al teléfono.)* La doctora Shalgrove, por favor. ¡Ah, Dorothy! Soy Jean. Sí, hablo desde Burmanley. Quiero saber algo de Arnold. Se ha marchado... *(Con esfuerzo.)* Ya... Y no dejó nada para mí... Ni una palabra... Ya... Solo se marchó..., así... No; estoy muy bien. Mañana por la noche, creo. *(Con esfuerzo aún más visible.)* A propósito, Dorothy. Se me olvidó dejarle una nota a Crossfield... Que eche una ojeada al niño del cinco... Sí, ese es; y no estoy muy tranquila... Sí..., sí... Adiós, Dorothy. *(Cuelga muy despacio el teléfono y vuelve a primer término ensimismada, luchando con sus emociones. Se sienta temblorosa, y un pequeño sollozo se le escapa mientras aprieta los puños. Entra el profesor* LINDEN *con dos botellas, una de jerez y la otra sin etiqueta. Echa una ojeada a* JEAN, *que no le ha mirado, y comprende su situación; de modo que cuanto después dice es para darle oportunidad de recobrarse. Mientras habla, maneja botellas y vasos.)*

PROFESOR.—*(Apenas ha entrado.)* Bueno, podemos elegir entre dos aperitivos: mi jerez, que puede ser bueno o malo, y un misterioso brebaje que ha traído Rex, preparado especialmente para él por uno de sus «barmen» favoritos. Supongo que nos hará subirnos por las paredes. Menos a Rex, claro, que seguramente se desayuna con él. *(Sirve un poco y lo huele.)* Huele así como a grandes negocios en Shanghai. Será mejor que lo probemos. *(Lentamente, mientras habla, llena varios vasos de aquella mezcla, de un tono ámbar oscuro.)* Es curioso lo de Rex. Hace sin darle importancia todo lo que yo no sabría ni cómo empezar. Conseguir que famosos «barmen» del West End le mezclen botellas de esto, alternar con los «maîtres», cenar con millonarios... y ganar dinero solo por deporte. Las cosas que probablemente he deseado en secreto hacer toda mi vida. Rex se afana en representar mi yo inconsciente. Y tú también, en cierto modo, Jean, con todo ese abrir a la gente, y cortar y coser allí dentro. Lo que haces sin

pestañear es precisamente lo que a mí me ha horrorizado y hecho temblar desde que tengo uso de razón. Tú y Rex... sois los Linden al revés, podríamos decir. Marion, no... Ella es demasiado puramente femenina... Pero tenemos también a Dinah, que es ahora desvergonzadamente feliz; algo que la mayoría de nosotros, los más viejos, no nos hemos atrevido a ser en la vida. Es como si la naturaleza humana, que no piensa darse por vencida, estuviese produciendo una nueva raza, la de Dinah, a la que nada es capaz de abatir.

JEAN.—*(Sin volverse, con voz ahogada.)* Todavía no sabe muchas cosas.

PROFESOR.—No creo que cambie mucho cuando las sepa. *(Le da un vaso y toma otro para sí.)* Prueba esto... A su salud, doctora Linden. *(Beben.)*

JEAN.—*(Haciendo un esfuerzo.)* A la suya, profesor. *(Lo prueba.)*

PROFESOR.—Sabe a lugares de mala nota...

JEAN.—*(Con esfuerzo.)* Ya lo había probado... Un par de veces. *(Vuelve a beber.)* ¡Papá! ¿No has notado que algo me ocurre?

PROFESOR.—Sí. Cuéntamelo si quieres.

JEAN.—*(Volviéndose ahora, impaciente.)* No puedo. Pero pensé que te darías cuenta de que no me sentía... muy brillante. No me soporto a mí misma ¿Por qué no podremos ser duros como el acero?

PROFESOR.—Porque nos haría mayor mal que bien. Esa era la idea de los dinosaurios, probablemente la única que tenían... Y por eso acumularon defensas, escamas cada vez más gruesas, mayores garras y púas... Querían ser fuertes, inconmovibles, seguros... Hasta que se convirtieron en tanques de cien toneladas, incapaces de moverse, ni de alimentarse por sí mismos, ni de copular... y se extinguieron. Entonces le llegó su hora al ágil y diminuto pueblo de los monos, capaz de adaptarse a todos..., y aquí nos tienes.

JEAN.—¿Crees que saldremos adelante?

PROFESOR.—Probablemente, por los pelos. Pero, en conjunto..., creo que sí. Aunque no pretendiendo ser duros como el acero. Eso es condenarse a muerte. *(Le pone una mano en el hombro.)* Jean, hija mía..., no te apures. *(Ella se vuelve impulsivamente, le apoya la mejilla en la mano y susurra:)*

JEAN.—Bueno, papá; lo intentaré. Y... gracias. *(Entra* REX *con un bonito estuche de pipas.)*

REX.—*(Blandiendo el estuche.)* Aquí las tienes, papá. Lo mejor del mercado.

PROFESOR.—*(Que se ha vuelto, tomando el estuche.)* Pero.. ¡Rex, hijo..., qué maravilla! Gracias... No sabía que hubiese todavía pipas como estas.

REX.—*(Cogiendo un vaso.)* Y no las hay. Tuve que explorar Londres para conseguirlas. Son auténticas piezas de colección. Llevan años y años en este estuche, según me dijo el tipo. Bueno,

papá..., por tu cumpleaños. *(Bebe y chasca los labios.)* Me encanta este veneno. *(Entran* MISTRESS LINDEN, MARION *y* DINAH.)

MISTRESS LINDEN.—Mistress Cotton está poniendo la mesa; pero tenemos tiempo de probar una de esas bebidas de que tanto hemos oído hablar.

REX.—*(Alegremente.)* Está el jerez de papá... o mi brebaje. «Más tarde de lo que crees».

MISTRESS LINDEN.—¿Qué dices?

REX.—Es el nombre que le he puesto... Al barman no se le ocurría ninguno. Lo he tomado del viejo proverbio chino: «Diviértete, es más tarde de lo que crees.»

MISTRESS LINDEN.—*(Alegre.)* Realmente, hijo, no sé de qué hablas; pero dame un poquito, por favor.

MARION.—Y jerez para mí, Rex.

DINAH.—Para mí también. (REX *sirve del brebaje a su madre, mientras el* PROFESOR *pone el jerez. Después, durante el diálogo,* REX *llena los vasos de* JEAN y el PROFESOR, *y otra vez el suyo.)*

MISTRESS LINDEN.—*(Feliz.)* Esto es lo que yo llamo la manera sensata de comportarse una familia...

REX.—¿Quieres decir... todos empinando el codo?

MISTRESS LINDEN.—*(Mirándole.)* Quiero decir todos juntos bajo un mismo techo... y no sembrados por ahí. Bueno... Y ahora... *(Disponiéndose a beber.)*

DINAH.—A beber todos por papá.

MARION.—Eso es.

REX.—*(Riéndose.)* ¡Por el viejo y retorcido tronco del árbol de los Linden.

MISTRESS LINDEN.—Nada de retorcido. Entonces, qué diréis de mí...

REX.—Tú no eres el tronco... Tú eres las raíces.

MISTRESS LINDEN.—*(Que ha bebido.)* Está muy fuerte, ¿verdad?

JEAN.—*(Ahora en pie.)* Sí; como siempre *(Toma su vaso de un trago.)*

MISTRESS LINDEN.—Jean, ¿te encuentras bien?

PROFESOR.—*(Presuroso.)* Sí, está perfectamente. Y os agradezco el brindis... *(Imitando a un orador de sobremesa.)* tanto por los términos en que ha sido pronunciado como por el modo en que lo habéis recibido.

REX.—*(De igual modo.)* ¡Muy bien, muy bien! *(En la puerta aparece* MISTRESS COTTON, *con el delantal puesto, sofocada y ligeramente achispada.)*

MISTRESS COTTON.—Bien; me encanta verlos a todos tan felices, por una vez... Pero sería mejor que pasasen a tomarse esa cena, porque ya está servida y se enfría. *Desaparece; los demás, entre risas, se vuelven y van hacia la puerta, mientras baja el telón. Así acaba la escena I. Las luces de la casa no se apagan, y el telón permanece bajado solamente el tiempo suficiente para retirar botellas y vasos, correr las cortinas en el ventanal de la derecha y cambiar la iluminación por otra nocturna.)*

CUADRO SEGUNDO

Cuando vuelve a alzarse el telón, han pasado dos horas. La escena está vacía. Entran el PROFESOR, con la botella de Armañac y varias copas en una bandeja y REX, que viene encendiendo un cigarro. Durante las primeras frases, el PROFESOR deja la bandeja y enciende una de sus nuevas pipas. Hay una íntima atmósfera de sobremesa entre ambos hombres.

PROFESOR.—Rex, como padre debo intentar comprenderte, pero la verdad es que no te comprendo. ¿Qué es lo que haces y qué proyectos tienes?

REX.—*(Instalándose a sus anchas.)* Es tan sencillo que nadie me cree. En primer lugar, ¿qué es lo que hago? Hago dinero... Compro valores y vuelvo a venderlos con un bonito beneficio... Todo por mi cuenta, no para otros. No soy corredor.

PROFESOR.—Debes de tener un gran olfato para estas cosas.

REX.—Lo tengo; pero es muy fácil, créeme. Tú trabajas diez veces más que yo. Y, sin embargo, en este momento yo no me dejaría ahorcar por... Bueno, ¿cuánto crees tú?

PROFESOR.—No tengo la menor idea. Más que yo, supongo.

REX.—No bajo de ciento cincuenta mil.

PROFESOR.—¡Dios santo! Es increíble. Pero ¿cómo te las has arreglado... en tan poco tiempo?

REX.—Jock Mitchell murió en Italia del mismo morterazo que a mí me dejó sin sentido. Era mi mejor amigo. Al volver a casa, me encontré con que me había nombrado su heredero universal... Pero lo sabes tan bien como yo. Lo cierto es que me encontré con un bonito paquete de títulos, de los que el pobre Jock no se había preocupado para nada. Después de mi convalecencia, cuando me enviaron al Ministerio, empecé a negociar con ellos. Gané dinero sin parar. No pagaba impuestos, no lo olvides. Vivía bien, pero seguía ahorrando. Cada vez que las noticias del mundo hacían temblar a los tontos de la City, yo compraba. En cuanto les volvía el resuello al cuerpo, yo vendía.

PROFESOR.—No puede ser tan fácil.

REX.—Lo fue. Con ayuda de un mínimo de información y quizá como tú dices, con cierto olfato. En cuanto a mis proyectos, son también muy sencillos: lo estoy pasando bien... mientras hay tiempo.

PROFESOR.—¿Quieres decir que no va a durar?

REX.—Nada va a durar. Si te interesa mi opinión, te diré que estamos aviados. Puedes escoger entre una partida de funcionarios de los Sindicatos repartiendo cargos y títulos o los grandes industriales arramblando con todo. ¿Qué más da unos que otros? De cualquier modo, estamos listos. Esto no puede durar. Y cuando empiecen a caer cohetes y bombas atómicas, no sé quién será el que los tire, pero apuesto diez contra uno a que seremos de los que los reciban. A veces he pensado en largarme a Sudamérica o

a Africa... Algo me dice que no serviría de nada. De modo que tomaré las cosas como vengan; pero antes estoy dispuesto a disfrutar.

PROFESOR.—*(Mirándole de hito en hito.)* Creo que no bromeas.

REX.—Contra mi costumbre... Suelo hacer muchas payasadas. Pero por una vez, solo por respeto a ti y a la ocasión, hablo completamente en serio. ¿Qué te parece un poco del Armañac de Marion?

PROFESOR.—Perdona. Lo había olvidado.

REX.—*(Levantándose.)* Yo lo serviré. *(Va a servir el coñac.)*

PROFESOR.—Gracias. Naturalmente, no estoy de acuerdo contigo.

REX.—Lo comprendo. No esperaba otra cosa.

PROFESOR.—Pero no vamos a discutir. No se trata de eso. Simplemente, quiero comprender. Está claro que todo esto no es más que una reacción, primero contra lo que eras antes de la guerra, después contra los años de uniforme... La clásica dosis de cinismo de la posguerra.

REX.—*(Tendiéndole una copa.)* Sin duda. Pero no es una moda. Se trata de algo permanente. Por ejemplo, no hace mucho rompí con una chica porque quería que nos casásemos y tuviésemos hijos. No pude quitárselo de la cabeza; de modo que corté por lo sano. Y la quería mucho... A propósito, preferiría que mamá no se enterase. Querría saberlo todo y empezaría a darme la lata.

PROFESOR.—Puedes estar seguro. Y también yo podría darte algo de lata. ¿No se te ocurre que, si caminamos al desastre, podrías tratar de utilizar algo de tu dinero, talento y energía en alguna clase de esfuerzo para impedirlo?

REX.—*(Después de un trago.)* ¡Qué maravilla de «brandy»!

PROFESOR.—*(Que también lo ha probado.)* ¿Verdad que sí?

REX.—¿Te refieres... a la política?

PORFESOR.—Si es necesario, ¿por qué no?

REX.—*(Rebuscando en sus bolsillos.)* Hace un par de noches estuve leyendo traducciones de viejos poemas chinos, y uno de ellos me llamó tanto la atención que incluso lo copié. *(Lo ha encontrado y lo lee.)* Se titula «La gran carroza».

No ayudes a empujar la gran carroza;
solo conseguirás llenarte de polvo.
No pienses en las penas de este mundo;
tan solo lograrías amargarte.

No ayudes a empujar la gran carroza;
te impediría ver la polvareda.
No pienses en las penas de este mundo,
o vivirás desesperado.

(Lo deja.) Con nadie podría estar tan de acuerdo. Me gustaría poder sacar de su tumba a ese poeta y perdirle que pasase conmigo unas semanas. Nos íbamos a poner malos de risa... No tengas ese aire tan deprimido, papá. Ya no eres responsable de mí.

Tú hiciste lo posible por convertirme en un ciudadano sensato y lleno de espíritu patriótico.

PROFESOR.—Puede que me equivocase en el método. Es lo que me pregunto. Y no estoy deprimido. Solo perplejo. Has cambiado por completo. ¿Qué ha sucedido? Me interesa mucho saberlo.

REX.—Ante todo, la pérdida de Jock... y de algunos otros amigos. Después, esa temporada en el Ministerio. Y el Londres de la guerra. Pero incluso entonces estaba dispuesto a arrimar el hombro a una de las ruedas traseras de la gran carroza... y a llenarme de polvo hasta los ojos... si alguien lo bastante grande hubiese gritado: «Adelante, muchachos. Echad toda la carne en el asador. Vamos a hacer milagros o a caer luchando.» Algo así. Las palabras son lo de menos. Lo que importa es el arranque, la inspiración... Poner manos a la obra antes que vuelvan las bombas... Quizá ni siquiera llegasen a caer si diésemos al mundo un gran ejemplo, si le devolviésemos la esperanza... Bueno. Estoy hablando demasiado..., y la mayor parte tonterías, supongo.

PROFESOR.—No; yo lo encuentro razonable. Estabais dispuestos... si alguien os echaba una mano.

REX.—Sí. Pero no hubo nada que hacer. De modo que me dije: «Se acabó, Rex; déjate de pamplinas... y a pasarlo bien.» Y me divierto... No creas a los que dicen que eso ya no es posible. Están en la luna. Naturalmente, no es posible en Burmanley; pero sí donde yo vivo... si tienes dinero y unos cuantos amigos. *(Entra* JEAN. REX *se vuelve y la ve. Momento ideal para una pequeña charla seria.)*

JEAN.—*(Acercándose.)* En seguida estará el café.

PROFESOR.—¿Quieres coñac, Jean?

JEAN.—Ahora no; gracias. ¿Te está contando Rex cómo se gana dinero sin trabajar?

PROFESOR.—No; me ha estado explicando por qué cree en eso que dices. ¿Eh, Rex?

REX.—Aproximadamente. Mi filosofía es ahora que solo los tontos trabajan. Y que cada cual se las arregle como pueda. Nadie me ha enseñado otra cosa en estos años. La mayoría del país es una mezcla de negocio barato y parque de atracciones... Periodicuchos estúpidos, carreras de galgos, apuestas de fútbol, capitalistas asustados, sindicalistas en busca de enchufes, funcionarios sonámbulos, jovenzuelos que quieren dárselas de duros...

PROFESOR.—¿Y no es bastante para divertirse?

REX.—Sí... Cuando uno lo manda todo al cuerno y lo olvida. Y aquí es donde entra el dinero. Con él puedes comprarte unas buenas murallas... y buscarte detrás de ellas un poco de diversión civilizada. Mira a Jean. Me la encuentro de cuando en cuando, con su novio, e intentan convertirme. ¿Cómo se llama...? Me refiero al cirujano ese de tu hospital.

JEAN.—*(Recalcándolo.)* Arnold French. A propósito: acaba de dejarme.

REX.—*(Mirándola con curiosidad.)* ¿De veras? Creí que tú y él...

PROFESOR.—*(Interrumpiéndolos.)* ¿Convertirte a qué?

REX.—*(A* JEAN, *sonriendo.)* Díselo..

JEAN.—*(Con frialdad.)* No tiene importancia. Prefiero no hablar de ello. Y a Rex tampoco le gustaría tanto recordarlo si no fuese porque comprende lo absurdo de ese cinismo de colegial y esos aires epicúreos. Nosotros..., yo, creo en la ciencia y en una sociedad debidamente planificada. Y en la disciplina... y el esfuerzo...

REX.—Y en los campos de trabajos forzados para quienes no estén de acuerdo.

JEAN.—*(Fríamente.)* Sí... ¿Y por qué no? No me sirve de nada la gente incapaz de enfrentarse con unas cuantas realidades difíciles...

REX.—Mi querida Jean, a ti nadie te sirve de nada, salvo algunos pacientes interesantes... y tu bello Arnold.

JEAN.—*(Con súbita furia.)* ¡Por Dios, cállate! ¡Qué necio!

REX.—*(Asombrado.)* Perdóname, Jeannie... No me daba cuenta...

JEAN.—¡Bah...!, déjalo. *(Se recobra mediante un gran esfuerzo. Después su tono es apagado y amargo.)* No voy a salir corriendo a llorar en mi cuarto.

PROFESOR.—Nadie iba a reprochártelo. Es una vieja costumbre.

JEAN.—*(En el mismo tono.)* No me gustan las viejas costumbres. Y odio todos estos estúpidos arrebatos femeninos. He visto demasiados... ¿Para qué pedir una sociedad ordenada y científica si ni siquiera puedo disciplinarme a mí misma..., con todos mis flamantes títulos?

PROFESOR.—Sí, hija; quizá tengas razón. Pero no imagines que esa educación científica te ha convertido en un ser de otro planeta. Sigues siendo uno de los nuestros, un miembro de la vieja banda de atolondrados que lleva aquí unos cuantos cientos de miles de años. Y no trates de luchar contra tus antepasados femeninos... Son demasiados. Es preferible llegar a un acuerdo.

REX.—*(Levantándose.)* Y tomar ahora un poco de Armañac... A tu salud.

JEAN.—*(Sonriendo débilmente.)* Está bien, Rex. Y... perdona el estallido. *(*REX *le sirve coñac.)*

PROFESOR.—Ahora tenemos un nuevo vicecanciller..., un tal doctor Lidlley.

REX.—Lo sabía. ¿Qué tal es?

PROFESOR.—*(Sombrío.)* Un educacionalista. Educacionaliza... a diestro y siniestro. Es algo completamente distinto a educar. Más nuevo y mucho mejor. Seguramente, pronto tendrán máquinas que lo hagan. En cuanto puedan importarlas de América. Dos de mis más antiguos amigos de aquí, Tilley y Clark, ya han dimitido. Creo que espera que yo sea el próximo. No diré que lo leo en sus ojos porque siempre me da la impresión de que los tiene de cristal. Pero estoy seguro. *(*REX *y* JEAN *intercambian miradas, que el* PROFESOR *nota al momento. Continúa con calma.)* Afortunadamente, vosotros dos no tenéis esa clase de ojos. Los vuestros son mucho más expresivos. Pero ¿qué significan exactamente esas miradas?

JEAN.—Nos preguntábamos..., al menos yo..., por qué crees que vale la pena seguir aquí.

REX.—Exactamente. Papá, ¿por qué no hacer otra vez las maletas?

PROFESOR.—No todos podemos hacerlas, Rex. Y una madre viajera en una familia es más que suficiente. En cuanto a ti, Jean, que no eres de la especie, lo encuentro sorprendente.

JEAN.—*(Con suavidad.)* Tienes ya sesenta y cinco años, papá.

PROFESOR.—Espero que también los tengas algún día... para que puedas saber lo que ahora siento...

JEAN.—*(Contrita.)* Por favor, papá. No pretendía...

PROFESOR.—*(Cortándola, pero amable.)* Ya lo sé que no. Nadie lo pretende. Solo lo dicen; pero no quieren decir lo que piensan que yo entenderé al oírles. En fin, lo importante es que si sesenta y cinco son probablemente muchos años para la ciencia, la historia es diferente. En realidad, se sabe mucho más, se comprende mucho mejor a los sesenta y cinco que a los cuarenta y cinco... o incluso que a los veinticinco... *(Entra* DINAH, *con una bandeja de tazas de café.)* ¿El café, Dinah?

DINAH.—*(Mientras va a dejar la bandeja.)* El café. Lo hice yo misma mientras las demás acababan el fregado... y hablaban de niños. Yo debo de ser algo rara..., poco femenina o cosa así..., porque no soporto hablar de niños. Mistress Cotton contó una historia horrible de un niño que se volvió azul cuando los bombardeos. La verdad es que la pobre no ha vuelto a salir de aquella época. Y, además, le encanta. *(Mirándolos con aire ceñudo.)* ¿Habéis estado discutiendo?

REX.—*(Levantándose para ayudar a servir el café.)* Ni mucho menos.

DINAH.—Pues a mí sí me lo parece.

REX.—Te crees una intuitiva, ¿verdad?

DINAH.—*(Con frialdad.)* Sí; me lo creo. *(Lleva una taza de café a* JEAN, *se la da e impulsivamente se inclina y la besa en la mejilla.)*

JEAN.—*(A media sonrisa.)* ¿Pero por qué, Dinah?

DINAH.—Tenía ganas, hija. No vayas a creerte que porque ahora seas médico estás muy por encima de estas cosas.

JEAN.—*(Con amarga sonrisa.)* Mejor sería que lo estuviese.

PROFESOR.—No, no lo sería. Por ese camino, en pocos años podrías convertirte en una amargada. He conocido a muchas personas buenas e inteligentes que acabaron así. Y el peligro empieza a los cuarenta. Si eres profesor, lo llamas rectitud académica, integridad y escrúpulo; pero en realidad son viejos recuerdos agriados. Entonces empiezas a odiar a la gente corriente y estúpida.

JEAN.—¿Y eso es algo malo?

PROFESOR.—*(Tomando su café.)* Fatal. Incluso si no nos damos cuenta de que, probablemente, somos también gente corriente y estúpida, todos estamos arraigados en esa clase de huma-

nidad. Y como trates de cortar tus raíces, la has hecho buena. Muy bien este café, Dinah.

DINAH.—*(Solemne.)* Le añadí una pizca de sal.

REX.—*(Que ha probado el suyo.)* Y una buena pizca, jovencita. *(entran* MISTRESS LINDEN *y* MARION, *hablando alto.)*

MISTRESS LINDEN.—Eso es lo malo de aquí, ahora. A nadie le importa hacer bien las cosas. Se limitan a salir del paso, a molestarse lo menos posible; y si te atreves a quejarte, te la arman buena...

MARION.—Esta vez he notado como nunca la diferencia No digo que sea mucho mejor en las ciudades francesas; pero en el campo hay todavía una tradición de esfuerzo, de buen servicio, de corrección...

MISTRESS LINDEN.—Pues aquí todo eso se acabó.

DINAH.—*(Repartiendo tazas.)* Yo no creo que se haya acabado.

MISTRESS LINDEN.—No sabes de qué hablamos, niña.

DINAH.—Lo sé. De los dependientes, las camareras y todo eso. A mí me parecen estupendos y demasiado simpáticos, según están las cosas.

MISTRESS LINDEN.—Claro, no recuerdas nada mejor.

MARION.—Es lo que iba yo a decir. Eres demasiado joven para meterte en esto.

PROFESOR.—Pero yo no. Y sé lo que quieres decir. Recuerdo cuando la mayor parte de esa gente estaba aterrorizada porque un par de quejas podía ponerlas en la calle y hacerlos volver a la Bolsa del trabajo. Se les notaba el miedo en los ojos, en aquellas excusas a todas horas... Yo lo encontraba tan odioso que jamás me atreví a quejarme de nada.

MISTRESS LINDEN.—Tú es que te pasas de bueno.

PROFESOR.—No, no. Es que ahora puedo gruñirles cuanto quiero, y ellos a mí, y me encuentro mucho más a gusto.

DINAH.—*(Con orgullo.)* Papá tuvo una buena agarrada con el dependiente de la librería. ¿Verdad, papá?

PROFESOR.—Sí; pero me parece que venció él a los puntos. *(Sorprendiendo la mirada de su mujer.)* ¿Qué ocurre?

MISTRESS LINDEN.—Que estamos ya todos aquí. Creo que deberíamos hablar del dinero...

PROFESOR.—¿De qué dinero?

MISTRESS LINDEN.—El del seguro dotal. La idea fue tuya; pero Rex conoce bien el asunto y acaso convenga que él se lo explique a los demás.

REX.—*(A su padre.)* Si te parece...

PROFESOR.—Bueno, tú eres aquí el genio de las finanzas. Y no es que para esto haga falta serlo...

REX.—*(Especialmente a* JEAN *y* MARION.) No; la cosa es bien sencilla. Durante años, en realidad desde que estábamos en la cuna, papá ha estado pagando las cuotas de un seguro dotal. No sé cómo pudo arreglárselas, con su sueldo principesco...

PROFESOR.—Siempre había algún extra... Los derechos de mis

dos o tres libros..., dietas de examen..., cosas así. Pero no tiene importancia.

REX.—Muy bien. Lo importante es que, ahora que ha cumplido los sesenta y cinco, van a pagarle ese dinero de un momento a otro. Y nuestros padres piensan que, en realidad, se trataba de un seguro familiar, para que todos dispusiésemos de una parte si lo necesitábamos. Ese es uno de los motivos que nos reúnen hoy aquí.

PROFESOR.—*(Con suave ironía.)* Pero nos alegramos mucho de veros, aunque solo sea como accionistas.

MISTRESS LINDEN.—Vamos, Robert; esto es serio.

REX.—Lo serio es que penséis así. Sabéis cuánto os lo agradecemos. Aunque, en realidad, todo esto es una tontería. El dinero es vuestro y no queremos tocarlo para nada.

PROFESOR.—Eso significa que tú no lo quieres. Pero están los demás.

REX.—Bien. Veamos. *(A* JEAN *y* MARION.) ¿Qué decís vosotras?

JEAN.—Podéis excluirme. Habéis gastado de sobra en mis estudios... y lo menos que puedo hacer es deciros que ya no necesito dinero. Además, es cierto.

MARION.—Yo tampoco. No podría ni pensar en coger un penique. René y yo estamos mejor que vosotros.

DINAH.—*(Solemne.)* Y yo creo que podría arreglármelas.

MISTRESS LINDEN.—*(Impaciente.)* No seas absurda, Dinah. No estamos hablando de ti.

DINAH.—No sé por qué. Una chica que yo conozco...

PROFESOR.—*(Interrumpiéndola, sonriente.)* Se anota su oferta, miss Linden, pero no se acepta. Todavía tendremos que cuidarnos de ti unos cuantos años, te guste o no. *(A los demas.)* Entonces... ¿estáis los tres bien seguros? Sí; tú desde luego, Rex... Pero vosotras dos...

JEAN.—También lo estamos.

MARION.—Y necesitáis hasta el último penique para vosotros.

MISTRESS LINDEN.—Sabíamos que diríais eso.

PROFESOR.—Pero teníamos que preguntároslo.

JEAN.—Has de pensar en tu propio futuro. Son tus ahorros, casi lo único que tienes, y estás ya en los sesenta y cinco.

PROFESOR.—*(Algo bruscamente.)* En plena posesión de mis facultades y profesor de Historia Moderna en la Universidad de Burmanley.

MARION.—Sí; pero ¿por cuánto tiempo?

PROFESOR.—*(En el mismo tono.)* Hasta que decida renunciar a mi cátedra. *(Suena el teléfono.* DINAH *corre a contestar.)*

DINAH.—*(Al teléfono.)* Diga... ¿Quién?... ¡Ah!, sí; aquí está. Un momento... *(Se vuelve.)* Es para ti, Rex. De Londres.

REX.—*(Yendo al teléfono.)* Será Fraser, para hablarme de la casa de Hampshire, ya veréis. *(Al teléfono.)* Sí... Aquí Rex Linden. Pensé que aceptaría... Probablemente, mañana por la noche...

El lunes, si le parece bien... Sí, lo haré... Buen trabajo, Fraser... Adiós. *(Cuelga el teléfono y se vuelve sonriente.)*

MISTRESS LINDEN.—*(Con excitación.)* Rex... ¿La has comprado?

REX.—La he comprado. Les presento al nuevo propietario y señor del palacio de los Cuatro Olmos, en Childing, condado de Hants. Tres salones, diez camas, cuatro cuartos de baño, sala de billar, terraza soleada, campo de tenis, césped para el «croquet», amplio parque, pequeña vaquería... y mantequilla para el té. Quedáis todos invitados.

DINAH.—¡Qué maravilla!

PROFESOR.—Pero tendrás que llenarlo.

MISTRESS LINDEN.—*(Excitada.)* No... Tiene de todo, ¿verdad Rex?

REX.—Listo para ocuparlo... Incluso un matrimonio que lo cuida. Es una ganga en veinticinco mil libras, pero estaba seguro de que el tipo no resistiría una oferta al contado.

MARION.—Pero ¡qué despilfarro para un soltero!... Ahora tendrás que casarte.

REX.—Jamás. De modo que no tratéis de colocarme a ninguna de vuestras amigas solteronas. No hay nada que hacer. Además, no pienso vivir allí. Solo los fines de semana, algunas vacaciones... Seguiré con mi piso.

DINAH.—Pareces un potentado. Ni siquiera puedo creer que hayas vivido aquí.

PROFESOR.—Y no ha vivido. Aquel era otro Rex.

JEAN.—Quizá lo preferimos.

MISTRESS LINDEN.—*(Todavía excitada.)* No seáis tontos. Rex ha hecho grandes cosas y estoy orgullosa de él. *(Volviéndose a* REX.*)* Además, hijo, esto acaba de arreglarlo todo. ¿No te parece?

REX.—Sí; creo que sí.

PROFESOR.—¿Arreglar el qué?

MISTREES LINDEN.—*(Contenta.)* ¿Se lo decimos? No; esperaremos todavía un poco.

DINAH.—Hay una conspiración. Estaba segura.

PROFESOR.—No soy muy aficionado a las conspiraciones.

MARION.—*(A* MISTRESS LINDEN.*)* Ya podéis decírselo.

MISTRESS LINDEN.—*(Presurosa.)* No, no; tengo una razón especial.

PROFESOR.—*(Bromeando, pero con cierto matiz de gravedad.)* No me gusta cómo suena eso.

DINAH.—¡Vaya con los secretitos!

JEAN.—A mí no me mires. No sé de qué se trata.

MISTRESS LINDEN.—*(A* REX.*)* Era exactamente lo preciso..., y lo deja todo perfecto.

PROFESOR.—*(A* JEAN.*)* Es inútil. Será mejor ignorarlos. Dígame, doctora Linden: ¿cuáles son sus impresiones de Burmanley después de su última ausencia de nuestra ciudad?

JEAN.—*(En el mismo tono.)* Mi reciente impresión no hace sino confirmar la opinión que durante algún tiempo he tenido... Que

debían derribarla lo antes posible, para construirla siguiendo un plan más civilizado. *(Suena el teléfono.* JEAN *se levanta de un salto.)* Puede ser para mí. *(Va al teléfono.)*

DINAH.—Si contestas tú misma, no. Siempre pasa eso.

JEAN.—*(Al teléfono.)* Sí, sí... Sí, aquí está. *(Volviéndose.)* Para ti, mamá. Es míster Lockhart. (MISTRESS LINDEN *se levanta apresuradamente y va al teléfono.)*

PROFESOR.—*(Levantándose.)* Será para mí. Debe de ser Alfred Lockhart, el de la Universidad.

JEAN.—*(Volviendo a su sitio.)* Dijo claramente mistress Linden.

MISTRESS LINDEN.—¿Sí?

PROFESOR.—*(Dudando, todavía de pie.)* Bueno... Si es así...

MISTRESS LINDEN.—*(Al teléfono, anhelante.)* Sí, míster Lockhart... Ya... ¿Está seguro?

PROFESOR.—*(Levantándose y acercándose.)* Que no cuelgue.

MISTRESS LINDEN.—*(Volviéndose.)* ¿Qué? *(Al teléfono.)* No, era a mi marido.

PR¿FESOR.—*(Con firmeza.)* Quiero hablar con él.

MISTRESS LINDEN.—*(Volviéndose.)* Pero, Robert...

PROFESOR.—*(Desabrido.)* Cuando hayas acabado, Isabel.

MISTRESS LINDEN.—*(Al teléfono.)* Quiere hablar con usted. *(Se miran un momento, mientras él coge el teléfono.* MISTRESS LINDEN *se aleja, pero permanece de pie, en muda tensión.)*

PROFESOR.—*(Al teléfono.)* Alfredo... No me interesa saber de qué has estado hablando con mi mujer... Eso es asunto suyo. Pero me pregunto si hay algo que te gustaría que yo supiese... No se trata de delicadezas ahora, Alfredo. Nos conocemos demasiado. No, no creo que eligieses este modo de comunicármelo; pero soy yo quien te lo pregunta. *(Escucha con aire grave.)* Ya... No, no; lo sé. Pero no me propongo aceptarlo... No, por el momento no. Te veré por la mañana... A propósito, ¿era esto lo que le decías a mi mujer?... Continuemos... Lo mismo pensé yo... Bueno, nos veremos por la mañana, Alfred... Y te prevengo que la lucha continúa. *(Cuelga el teléfono y mira con dureza a su mujer.)* Isabel, no me gusta cómo se ha hecho esto. Tampoco Alfred Lockhart parecía muy complacido. ¿Habías hablado ya con él?

MISTRESS LINDEN.—No hace falta... poner esa cara y ese tono, Robert. Hablé con él... porque quería saber lo que podía ocurrir.

PROFESOR.—¿Para qué?

MISTRESS LINDEN.—¡Robert..., no necesitas hablarme así! Quería saberlo mientras estaban aquí los chicos, por si había que acordar algo...

PROFESOR.—*(Con rudeza.)* Los acuerdos que hay que tomar son muy sencillos. Voy a combatir esa decisión por todos los medios a mi alcance.

MISTRESS LINDEN.—Pero ¿por qué..., por qué?

PROFESOR.—*(Secamente.)* Porque hay trabajo aquí, y todavía soy capaz de hacerlo. *(Mira a los demás, tratando de sonreír.)*

Acaban de decirme que se me va a pedir que renuncie a mi cátedra. Oficialmente, porque he alcanzado la edad de retiro; pero hemos tenido profesores más viejos que yo durante años. En realidad, es porque soy un estorbo. Resulto demasiado campechano. No admiro el sistema educativo de producción en masa y andaderas. Digo «no» cuando personajes importantes esperan oír «sí»... Y me propongo seguir estorbando.

MARION.—Pero, papá, es que no vale la pena... Si no te quieren, muy bien. ¿Qué importa eso? Tú ya has cumplido.

MISTRESS LINDEN.—Pues claro que sí... Y más que cumplir... Años y años metido en este agujero...

PROFESOR.—*(Acalorándose.)* Hablas como si estuviésemos eligiendo un lugar de veraneo. Es mi vida lo que se discute. O, mejor, no se discute... Dejemos el tema. Mañana iré a darme una vuelta y a hacer constar que todavía tengo aquí unos cuantos amigos.

REX.—Pero, papá...

PROFESOR.—*(Tranquilo.)* Déjalo, Rex. Se acabó por esta noche. He tenido un día muy cargado y no quiero perder el humor. *(Tratando de sonrerír.)* Además... es mi cumpleaños.

DINAH.—*(Vehemente.)* Pues claro. Y tenemos que jugar al «Negro Sam». Hace años que no jugamos, y antes nunca faltaba en las grandes ocasiones.

MISTRESS LINDEN.—Sí; pero ahora que todos sois mayores...

JEAN.—A mí me gustaría volver a jugar.

REX.—Y a mí. Aunque no olvidéis que ganaba casi siempre.

DINAH.—*(Rápida.)* Porque hacías trampas.

REX.—Pues claro. Eso forma parte del juego...

MARION.—¿Tenéis todavía las cartas y las fichas?

MISTRESS LINDEN.—Por ahí andarán. Pero no se me ocurre dónde.

DINAH.—Las fichas estaban arriba, en un dormitorio, la última vez que las vi. Aunque no me explico por qué.

PROFESOR.—Creo que sé dónde pueden estar las cartas. En el fondo de uno de los cajones del aparador.

DINAH.—Mira tú y yo buscaré las fichas. Los demás, preparad la mesa. *(Sale con el* PROFESOR, *cerrando la puerta tras ellos.* REX *y* MISTRESS LINDEN *empiezan a quitar papeles, libros, etc., de la mesa del despacho, ayudados por* MARION *y* JEAN.)

MISTRESS LINDEN.—Me temo que a tu padre le haya sentado mal recibir así la noticia... Pero, en realidad, no es mala cosa. Tendremos que hablarle claro.

REX.—Bueno, no le metas prisa. Lleva tanto tiempo aquí...

MISTRESS LINDEN.—*(Secamente.)* Sí... Y yo también.

REX.—No es lo mismo.

JEAN.—No, no lo es. Pero parece que habéis tramado algo entre vosotros. ¿De qué se trata?

MISTRESS LINDEN.—Irnos todos a vivir con Rex. A tu padre no le gustaría estar en el piso de Londres, pero ahora ya no es ne-

ceradio. Puede vivir en la nueva casa de Rex hasta que, quizá. más tarde, podamos tener un sitio propio por allí cerca.

JEAN.—¿Y Dinah?

REX.—¿Sabes que me había olvidado de ella por completo?

MISTRESS LINDEN.—Yo no. Dinah puede seguir aquí, en Burmanley, hasta que acabe el curso. Conozco varias personas a las que les encantaría cederle una habitación. Después, le sería mejor irse a Oxford o Cambridge, a menos que decida ingresar en el Conservatorio. De todos modos, estará con nosotros, por lo menos, parte de sus vacaciones.

MARION.—Todo eso me parece bastante sensato. Aunque también tenéis qeu venir a pasar con nosotros, alguna temporada.

MISTRESS LINDEN.—Cuando hayamos dejado este horrible lugar, ya no nos será difícil.

MARION.—Siempre has odiado esto, ¿verdad?

MISTRESS LINDEN.—Siempre..., siempre... Debí obligar a tu padre a dejarlo hace muchos años. Tuvo muy buenas ocasiones; pero llegó la guerra, y parecía que no era el momento de irse. Pero ahora, Burmanley ha roto con nosotros... y nosotros con él. Esta vez estoy decidida.

MARION.—No cedas, mamá.

MISTRESS LINDEN.—No te preocupes. No cederé. También yo me estoy haciendo vieja. Tengo casi cincuenta y nueve..., pronto estaré en los sesenta... y me niego a seguir así. Esto no es vivir, y son ya muchos años. Feo, aburrido, triste... ¿Qué puedo yo encontrar aquí?

MARION.—Me parece que nada.

MISTRESS LINDEN.—Rex está de acuerdo conmigo. ¿Verdad, hijo?

REX.—Por completo. Haz tus maletas y ven a pasarlo bien mientras queda tiempo. Y déjame este asunto a mí, mamá. *(Le hace un guiño y le sonríe cariñosamente.* JEAN *parece gravemente pensativa.* MISTRESS LINDEN *lo advierte.)*

MISTRESS LINDEN.—Bueno, Jean: ¿Estarás de acuerdo, supongo?

JEAN.—*(Lentamente.)* No lo sé. Realmente, no lo sé.

MISTRESS LINDEN.—Eso no parece propio de ti.

MARION.—No; Jean suele saberlo todo... ¡zas!... de sopetón.

JEAN.—*(Bruscamente.)* Pues esta noche, por una vez, no lo sé. Y eso me preocupa. De modo que no contéis conmigo

MISTRESS LINDEN.—*(También con brusquedad.)* Si es en tu padre en quien piensas, tanto deseo irme por él como por mí. Está cansado... y se han ido casi todos sus amigos.

MARION.—Si sus alumnos son como los dos ejemplares que he visto aquí esta noche, no vale la pena molestarse por ellos.

MISTRESS LINDEN.—Además, la Universidad prefiere perderlo de vista. *(A* JEAN.) No lo olvides.

JEAN.—No te lo discuto.

MISTRESS LINDEN.—No, pero parece que tienes ganas de hacerlo..., que algo te parece mal, aunque no sabes bien qué.

JEAN.—Ya te lo he dicho... Esta noche no me resulta fácil decidir... De modo que dejadme a un lado.

REX.—*(Que ha estado ocupado preparando la mesa.)* Bueno, esto está listo. Dinah tiene razón. Lo que la familia Linden necesita es un par de horas de «Negro Sam»... con trampas y todo. ¿Dónde están esas cartas y esas fichas? *(Empieza a acercar sillas a la mesa. Entra* DINAH *con la capa de fichas y cierra la puerta. Anda despacio y parece afligida.)* Bueno, aquí están las fichas.

DINAH.—Sí.

MARION.—¿No encuentra papá las cartas?

DINAH.—*(Sin entonación.)* Sí, las ha encontrado.

REX.—¿Qué te ocurre?

DINAH.—*(Acongojada.)* Me paré frente al comedor al pasar. El no me vio. Estaba allí en pie, con las cartas en la mano, mirando al vacío... *(Se le escapa un leve sollozo. Después, con angustia creciente.)* Fue como si no me hubiese fijado bien en él hasta ahora. De pronto... me pareció tan viejo..., tan cansado... y tan desvalido..., como si todo le fuese mal y a nadie le importase... y no lo pude soportar... *(Solloza.)*

MISTRESS LINDEN.—*(Conciliadora.)* Vamos, Dinah...

DINAH.—*(Rápida.)* No hay vamos Dinah que valga. Eso no arregla nada.

MISTRESS LINDEN.—*(Con aspereza.)* No seas estúpida...

DINAH.—No soy estúpida. *(Lentamente, mirándolos.)* Es tan bueno... y en su cumpleaños... Se puso tan contento cuando supo que veníais todos... *(Con súbita cólera.)* y vosotros ahí cuchicheando y tramando..., de esa manera repugnante...

MISTRESS LINDEN.—*(Airada.)* Dinah, no te consentiré que hables de ese modo.

JEAN.—*(Con vehemencia.)* ¿Por qué no, si es eso lo que piensa?

MISTRESS LINDEN.—Hazme el favor de ocuparte de tus asuntos.

JEAN.—*(Acercándose a* DINAH *que llora.)* Este es uno de ellos. *(Abraza a* DINAH, *que se refugia en su pecho.)* No te preocupes, Dinah. Ya lo has dicho. Ahora, ya pasó todo.

DINAH.—*(Acurrucada contra* JEAN.) Lo siento. No sé por qué lo he dicho. Pero al verle así...

REX.—*(Junto a la mesa.)* ¡Eh..., dejaos ya de eso! Va a volver en cualquier momento. Olvídalo, Dinah. Danos las fichas. *(Se las da y él las vuelca sobre la mesa, disponiéndolas después en montoncitos. En tono alto y jovial.)* ¿Os acordáis de aquella vez en Cumberland, cuando vino el granjero de al lado y le hicimos jugar al «Negro Sam»?

DINAH.—*(Animada.)* Yo sí me acuerdo, aunque era muy pequeña para jugar. Tenía una narizota de borracho...

REX.—*(Riéndose.)* Se quedaba siempre con el negro.

MARION.—*(Con animación.)* Y estaba tan furioso... ¿Te acuerdas, Jean?

JEAN.—*(Empezando a reírse.)* Sí. ¿Cómo era aquello que decía?

REX.—*(Imitando el acento.)* «Que me maten y me entierren. Ya me tocó otra vez ese maldito...»

DINAH.—*(Riéndose.)* Y después le pasó algo en el cuello, ¿os acordáis?

JEAN.—*(Riéndose.)* Sí, sí... De repente se le saltó...

MARION.—*(Riéndose.)* Sí... Yo me moría de risa... Le salió volando el pasador...

REX.—*(Entre carcajadas.)* ...Y dijo: «Esa ya está hasta de Negro Sam». *(Mientras todos se ríen como suelen hacerlo las familias con sus chistes privados, entra el* PROFESOR *con el estuche de cartas. Su cara se ilumina al escuchar las carcajadas, que le traen el recuerdo de otros días.)*

PROFESOR.—*(Sonriendo.)* Contadme a mí ese chiste.

REX.—*(Todavía riéndose.)* Aquella vez..., en Cumberland..., cuando el granjero jugó al «Negro Sam»...

PROFESOR.—*(Empezando a reírse.)* ¡Ah, sí...! Era Joe Sykes... y se le saltó el cuello... Después me juraba que estabais todos haciendo trampas...

REX.—*(Riéndose como nunca.)* Yo, desde luego. *(A esto, todos los hijos sueltan la carcajada. Pero, de pronto,* MISTRESS LINDEN *deja de reír y vuelve la cara a otro lado. Cuando acaban las risas...)*

PROFESOR.—*(A su mujer.)* ¿Qué te pasa, Isabel?

MISTRESS LINDEN.—*(Con la cara vuelta, en tono ahogado.)* No es nada, no te preocupes... *(Ahora todos han dejado de reír y la miran con curiosidad.)*

PROFESOR.—Está bien. Bueno, vamos a jugar. ¿Os parece?

MISTRESS LINDEN.—No. Quiero decir... jugad vosotros. Yo no tengo ganas.

MARION.—¿Qué te pasa, mamá?

MISTRESS LINDEN.—De repente me he sentido tan desgraciada... oyéndoos a todos reír de nuevo... y recordando lo bien que solíamos pasarlo... Pienso en mucho antes de aquellas vacaciones en Cumberland... en otras vacaciones y otros tiempos..., cuando erais muy pequeños... y aun antes..., cuando todo empezaba para nosotros... *(Mirando casi desafiante a su marido.)* No sé lo que les cuentas a esos alumnos tuyos, Robert. Pero por una vez me gustaría decirles la verdad..., la única verdad.

PROFESOR.—*(Con gravedad.)* ¿Y cuál es, Isabel? *(*MISTRESS LINDEN *habla ahora con gran sinceridad y sentimiento, y sus modos adquieren cierta magnificencia.)*

MISTRESS LINDEN.—Que todo va a peor... y que ya es hora de dejar de pretender lo contrario. No, no estoy pensando solo en las escaseces, y el racionamiento, y las colas... Pero cuando éramos jóvenes... hasta mil novecientos catorce... el mundo era sensato, tranquilo, amable... Y si a la gente no le sobraba el dinero, sí tenía otras cosas tan deseables. Eran felices de un modo sencillo y natural, porque la vida parecía buena. Incluso los caminos, y la hierba, y los árboles, y las lilas en primavera, eran entonces

diferentes; y se podía verlo y disfrutarlo todo, y estar tranquilo y en paz. Pero después..., tras aquellos años de las listas de bajas a diario..., ya nunca volvió a ser lo mismo..., nunca. Sin embargo, aún no era tan malo..., aún no conocíamos todos los horrores, las crueldades, las miserias... y se podía disfrutar de unas auténticas vacaciones... y los chicos lo pasaban tan bien... Pero después todo fue a peor... y míranos ahora, míranos... con tan pocos años por delante y todo el brillo y la alegría de la vida perdidos para siempre... Te lo aseguro, es algo que destroza el corazón...

DINAH.—*(Con calor.)* No eres justa, mamá. Solo porque a ti no te interesa, lo pintas todo gris y aburrido. Pero ¡si es tan emocionante...! A veces estoy despierta por la noche... y pienso... y me maravillo... y apenas puedo soportarlo...

MISTRESS LINDEN.—*(Con rudeza.)* No, Dinah; no comprendes de lo que hablo. Eres demasiado joven, demasiado...

PROFESOR.—Sí; es demasiado joven para comprender lo que tú sientes. Pero, porque lo es, te ha dado la respuesta. ¿Qué voy a decirles a mis alumnos? ¿Que porque me estoy volviendo viejo y cansado no deben creer ellos en la sangre que les late en las venas?

MARION.—Pero existen las normas, papá. Mamá tiene mucha razón...

JEAN.—*(Con desprecio.)* ¿Por qué? ¿Solo porque habla como viejo miembro de una clase media en decadencia?

MISTRESS LINDEN.—*(Airada.)* Por favor..., a mí no me vengas con esa jerga pomposa y ridícula.

JEAN.—Estoy hablando de cosas reales. No son citas de libros. Hablo de la vida real... y de lo que aquí siento... *(Señalándose el corazón.)*

PROFESOR.—Hay cosas peores y mejores. Mañana el sol brillará para Dinah como brillaba en otro tiempo para ti, hace cuarenta años. El mismo sol... Y sigue habiendo familias jóvenes que se ríen de los viejos granjeros cuando se les salta el cuello. Y si estamos a tiempo de perder el mundo, Rex, también lo estamos de salvarlo... si realmente lo queremos. También es tiempo, acaso el último, nunca se sabe... de que la familia Linden juegue al «Negro Sam». Danos las fichas, Rex... Eso es cosa tuya... *(Ha sacado las cartas de la caja.)* ...mientras el viejo, con su paciencia, baraja las cartas. Paciencia, paciencia... y barajar... *(Mientras lo hace,* REX *distribuye los montones de fichas y los demás empiezan a sentarse en torno a la mesa.)*

TELON LENTO

ACTO SEGUNDO

CUADRO PRIMERO

La misma escena. Es por la tarde, y una suave luz solar entra por la ventana. MARION, JEAN, EDITH WESTMORE y BERNARD FAWCETT se encuentran enzarzados en una apasionada y ruidosa discusión. Por la puerta abierta oímos de cuando en cuando las voces de MISTRESS LINDEN y REX, junto a mucho movimiento y trajín; y también, a ratos, a DINAH, que ensaya trozos de la parte de «cello» del «Concierto» de Elgar.

FAWCETT.—*(En contradictor agresivo.)* ¿Cómo explicas tú eso? Es lo que quiero que me digas. ¿Cómo lo explicas?

EDITH.—*(Acalorada.)* Eres tú quien tiene que explicarlo, y no nosotras. *(Apelando a* MARION, *su aliada.)* ¿Verdad?

MARION.—*(Casi tan acalorada como ellos.)* Naturalmente. Creen que basta venir con cualquier despropósito contra la religión y nosotros tenemos que responderles, cuando los mejores espíritus de los últimos doscientos años...

JEAN.—*(Más fría que los otros tres.)* Un momento, Marion. Eso no cuela.

FAWCETT.—*(Asqueado.)* Pues claro que no. ¡Valiente tribu! ¡Sí, tribu!

JEAN.—*(Alzando ahora la voz.)* Los mejores espíritus han combatido siempre a las iglesias con uñas y dientes. Lo mismo que hacen hoy, y por la misma vieja razón.

FAWCETT.—*(Triunfante.)* Exacto..., por la misma vieja razón.

REX.—*(Fuera, pero junto a la puerta.)* ¿Qué dices, mamá? Sí... Pero hay un ruido infernal aquí abajo...

MISTRESS LINDEN.—*(Lejos.)* Está en el comedor... ¡El co-me-dor!

REX.—¡Entendido! Iré a ver.

MARION.—¿Sí? ¿Y cuál es esa razón?

EDITH.—*(Apoyándola.)* Ya sabemos cuál es. De lo que se trata es de no tener auténtica responsabilidad moral.

MARION.—De hacer lo que uno quiere. Y después os preguntáis por qué sois todos tan desgraciados...

FAWCETT.—*(Saltando.)* ¿Quién dijo que somos desgraciados? ¿Acaso estaba mejor la gente cuando había Inquisición y tenían que comprar bulas y mantener a millares de clérigos y monjes holgazanes?

EDITH.—¿Cómo sabes que eran holgazanes?

MARION.—Además, claro que la gente estaba mucho mejor. Mira los sabios. Tanto querer librarse de la religión, y ahora, cuando han inventado las bombas atómicas y piensan que vamos a volar todos con ellas, dicen que es una lástima que no haya religión.

JEAN.—No, no lo dicen si tienen algún sentido. Lo que ellos piden es un mundo bien planificado y controlado.

FAWCETT.—Que es lo que vosotros no podéis darnos de ningún modo y lo que habéis hecho todo lo posible por evitar...

MARION.—¿Cómo podéis planificar y controlar sin ninguna autoridad real para guiaros? Ahí es donde interviene la Iglesia...

EDITH.—Y si la gente no adora a Dios, adorará al diablo...

FAWCETT.—*(Burlándose.)* ¡Superstición! ¡Opio! Eso es lo que nos dais.

MARION.—*(Fastidiada.)* No seas burdo.

FAWCETT.—*(A* JEAN.) Ya está. ¿Lo ves? Ahora empiezan las rabietas.

EDITH.—*(Airada.)* Fuiste tú quien empezó.

REX.—*(Llamando, como antes.)* ¿Estás segura de que es marrón? Aquí solo hay una verde.

MISTRESS LINDEN.—*(Como antes.)* No, hijo..., la marrón.

REX.—*(Lo mismo.)* ¿Y qué pasa con ese cesto? ¿Lo necesitas de verdad?

JEAN.—*(Prosiguiendo algo que no se ha oído.)* Lo que yo sugería era solo un poco de psicología elemental. Y un tratamiento somático.

EDITH.—¿Y con eso qué? ¿Es que eso lo explica todo? Lo que hacemos en este mundo, por ejemplo...

FAWCETT.—¿Acaso podéis vosotros explicarlo?

MARION.—Por lo menos, podemos estar más cerca de acertar que vosotros.

JEAN.—¿Pero no veis que esa es una pregunta absurda?

EDITH.—No, no lo veo. Es lo que siempre he querido saber, desde que tengo uso de razón...

JEAN.—Claro, porque no es más que una pregunta infantil. Podemos explicar cómo hemos llegado a ser lo que somos..., qué fuerzas físicas y sociales...

MARION.—*(Con rudeza.)* ¿Qué tienen que ver las fuerzas físicas y sociales? Ellas no dan la solución. Solo explican cómo funcionan las cosas.

JEAN.—Es que esa es la única explicación posible y necesaria.

EDITH.—*(Gritando.)* ¡Qué va a serlo!

JEAN.—*(Altiva.)* Te agradecería mucho que no me gritases de ese modo.

FAWCETT.—No tienen defensa. Todos son iguales.

EDITH.—*(A él.)* ¡Oh, cállate tú! *(A* JEAN.) Perdona... No gritaré más... Pero siempre me fastidia que la gente hable así. Saber cómo funciona una cosa no es saber para qué es.

MARION.—Exactamente. Y ese es el error de todos ellos...

JEAN.—Nada de exactamente... La realidad no puede ser *para* nada. Simplemente *es*. Habláis en una metafísica anticuada y que ni siquiera conocéis... Ese es vuestro mal.

MARION.—*(Con calor.)* Y el vuestro... que sois tan ridículamente engreídos...

FAWCETT.—¡Eh..., eh..., eh..., eh!

MARION.—*(Volviéndose a él.)* ¡Eres inaguantable! Haz el favor de estarte callado. *(Entra* MISTRESS COTTON, *con un aire incluso más extraño que en el acto anterior. Fuma un cigarrillo y trae una taza de té.)*

MISTRESS COTTON.—Menudo mitin tienen aquí armado... Y alguno está perdiendo los estribos. *(A* JEAN *y* MARION.) En seguida tendrán su té. En el comedor. ¿Han hecho ya las maletas?

MARION.—Sí; al menos yo.

JEAN.—Yo también.

MISTRESS COTTON.—Su madre está haciendo un equipaje a la antigua... Y no deja parar a míster Rex. Cualquiera diría que no piensa volver según la que está armando. Nunca he visto aquello tan revuelto. ¡Ni un cajón en su sitio! Y es que todo esto se le ha subido a la cabeza. Yo ya lo sabía. Viniendo él... A mí me hubiese ocurrido igual. *(Se sienta en el borde de una silla, toma un sorbo de té y los mira con aire cínico.)* Bueno, sigan discutiendo. No vayan a dejarlo por mí. Me gusta un poco de jaleo.

MARION.—No; me parece que ya tenemos bastante.

MISTRESS COTTON.—Mi marido se pasaba los días sin decir palabra, pero cuando tomaba dos o tres botellas de cerveza, discutía de lo que fuese... A ustedes mismos les haría callar. Yo le regañaba, pero ojalá Dios le permitiese entrar ahora y empezar a gritarme... Y también a ustedes...

FAWCETT.—*(Riéndose.)* A lo mejor no le dejábamos.

MISTRESS COTTON.—*(Despreciativa.)* A usted le habría mandado a jugar... *(Risa de* EDITH. FAWCETT *se enfurruña.)*

FAWCETT.—¡Eh, un momento...!

MISTRESS COTTON.—¿Para qué? *(A* JEAN.) ¿Quién es un tal Cass Als?

JEAN.—¿Cass Als?

MISTRESS COTTON.—Sí. Dinah llegó como loca esta tarde gritándome: «Mistress Cotton, ¿no es maravilloso? He encontrado en clase a uno que conoce a Cass Als.»

MARION.—¡Ah...! Se refiere a Casals, el gran violonchelista.

MISTRESS COTTON.—Ese será. Estaba como loca porque había encontrado a alguien que le conocía. Lo que es ser joven y cándida... En seguida se puso a ensayar. Una cosa muy rara. No sé por lo que le dará ahora. Igual pasó con los «fox-trots»; y ahora hasta el nombre suena estúpido. *(De pronto, a* EDITH.) ¿Qué es lo que te trae ahora de cabeza?

EDITH.—*(Sorprendida.)* No sé...

MISTRESS COTTON.—Me lo figuraba. *(A* JEAN.) Bueno, ¿qué tal

si continúan con sus «trusts» de los cerebros? Todavía no está el té, aunque hoy se lo serviré más temprano. ¿De qué discutían?

JEAN.—*(Divertida.)* De un tema muy popular. Ciencia contra religión.

MISTRESS COTTON.—La verdad es que nunca me ocupé mucho de ninguna de las dos. Tuve una hermana que cuidaba de una capilla, y un tío al que le dio por la ciencia..., los bichos, sobre todo. *(Aparece* REX *en la puerta. Está en mangas de camisa y lleva una maleta en una mano y un abrigo de mujer y varias cosas más en la otra. Tiene un cigarrillo apagado en la boca y parece irritado.)*

REX.—¿Me da alguien fuego, por favor? (FAWCETT *se le acerca con su encendedor.)*

MARION.—Bueno, lo que discutíamos no era precisamente capillas contra insectos...

REX.—Gracias, muchacho. No es ninguna broma ayudar a mamá a hacer equipajes. *(Contemplándolos.)* Buena tertulia... Mistress Cotton, ¿sabe algo de un pequeño despertador de viaje?

MISTRESS COTTON.—No, no lo he visto.

REX.—Ni yo.

JEAN.—Creo que está en mi cuarto. Iré a...

REX.—No, yo subo. *(Sale. Durante todo este tiempo, se ha oído a intervalos el «chelo», repitiendo con frecuencia el mismo pasaje. Ahora continúa, aunque medio ahogado por el diálogo.)*

EDITH.—*(Con precauciones.)* Pero, en cierto modo, sí son capillas contra insectos. Quiero decir que ellos *(Señalando a* JEAN *y* FAWCETT.) hablan como si solo fuésemos una especie superior de insectos.

FAWCETT.—*(Con impaciencia.)* No vengas con esas antiguallas. Nadie ha dicho tal cosa.

MARION.—No, no lo decís; pero es lo que pensáis.

JEAN.—Es absurdo. Lo que importa es que, cuando estudiamos la vida de los insectos, sabemos exactamente lo que estamos haciendo.

EDITH.—*(Bruscamente.)* También nosotros sabemos lo que hacemos en las capillas y las iglesias.

MARION.—Comportarnos como seres espirituales.

FAWCETT.—O como salvajes supersticiosos.

EDITH.—*(Furiosa.)* ¿Tienen los salvajes iglesias y capillas?

MARION.—Son precisamente quienes no las tienen. Y ahora son ellos los que se están convirtiendo otra vez en salvajes.

JEAN.—Al contrario. Utilizamos nuestra razón y nuestro conocimiento del método científico...

MARION.—*(Alzando la voz.)* Para volarnos a todos en pedazos.

MISTRESS COTTON.—Ahí, ahí...

JEAN.—*(A* MARION, *furiosa.)* Animados, en primer lugar, por vuestra querida Iglesia...

MARION.—*(En el mismo tono.)* Eso no es cierto...

FAWCETT.—*(Con rudeza.)* ¡Pues claro que lo es!

MARION.—*(Furiosa.)* No lo es... y no hablo contigo.

FAWCETT.—*(Alzando la voz.)* No se puede razonar con ellos. No quieren escuchar.

MISTRESS COTTON.—*(A grito pelado.)* ¡Adelante los nuestros! ¡Beatos contra insectos! *(Se ríe.)*

EDITH.—*(A* FAWCETT.) Si pudieses estar callado un minuto y no interrumpir...

FAWCETT.—*(Sin dejarle terminar.)* ¿Por qué voy a estar callado? Tengo tanto derecho a hablar como tú.

MARION.—*(Furiosa, también cortándole.)* Porque no entiendes lo que decimos. Tú no discutes, solo gritas.

JEAN.—*(Muy alto, sobre lo anterior.)* Pero yo sí sé lo que digo. Estoy harta de discutir este asunto...

EDITH.—*(Cortándola.)* ¿Qué importa eso? ¿Acaso prueba que tengas razón?

JEAN.—*(Hablando a la vez que* MARION.) Lo que digo es que ya en el colegio nos pasábamos las horas hablando de esto.

MARION.—*(Hablando a la vez que* JEAN.) No; pero Jean siempre lo supo todo, y ahora que es doctora, no digamos... *(Ha entrado el* PROFESOR LINDEN, *y su voz les interrumpe.)*

PROFESOR.—*(Haciéndose oír.)* ¡Un momento! *(Quedan callados y atentos. Entonces, en tono quedo...)* Escuchad a Dinah... *(Por la puerta abierta a su espalda nos llega ahora claramente, aunque lejano, el sonido del «chelo» tocando el melancólico segundo tema del primer tiempo del «Concierto» de Elgar. Están todos inmóviles. Acaba la música. Pequeña pausa.)*

MARION.—*(En voz baja.)* ¿Qué es?

PROFESOR.—El primer tiempo del «Concierto» de Elgar. No sabía que Dinah lo tocase. Habrá empezado ahora.

MISTRESS COTTON.—*(Suavemente.)* Parece una pieza muy triste.

PROFESOR.—*(Igual.)* Sí, lo es. Una especie de larga despedida. Un anciano recuerda su mundo de antes del catorce, quizá de mucho antes. Su infancia en Worcester, la Alemania del novecientos, los días interminables en las colinas de Malvern, las felices tardes eduardianas, con MacLaren y Ranji batiéndose en los Lores y Richter o Nikisch en el Queen's Hall... Todo lejano, perdido para siempre... Entonces, destila esa ternura y esa pena, gota a gota, y encierra su dulce melancolía en un concierto para «chelo». Y se va, a donde se fueron los viejos días verdes y soleados y las noches rutilantes... Pero, ¿qué ocurre entonces? Un pequeño milagro. Lo habéis oído.

JEAN.—*(Con un murmullo.)* ¿Dinah tocando?

PROFESOR.—Pues sí. La pequeña Dinah Linden, toda juventud, toda viveza, que dice hola y no adiós a las cosas y que nada sabe ni le importan la Baviera del novecientos ni los tranquilos y dorados tiempos eduardianos, esta misma tarde, aquí en Burmanley, en el momento en que dejamos de gritarnos unos a otros, destapa para nosotros la preciosa esencia, descubre la ternura y la añoranza, que ahora son tan nuestras como de quien las vivió; y nuestras vidas

y la de Elgar, el Burmanley de hoy y las colinas de Malvern en un lejano crepúsculo, todo se junta mágicamente...

MISTRESS COTTON.—*(A los demás, orgullosa.)* Cuando quiere, el profesor habla como los ángeles.

PROFESOR.—Eso me deja sin voz... Pero ese tema, ¿recordáis? *(Tararea un momento.)* se adivina en seguida que es un adiós a las lejanas tardes de verano. Tiene aquel sopor del estío que todos conocimos en nuestra juventud... Nos está diciendo casi con palabras que ya no existen aquellas tardes..., que el sol no ha vuelto a ser tan cálido ni la hierba tan espesa ni la sombra tan profunda y soñolienta... ¿Y dónde están los abejorros? Dios me ayude... ¡Los años que hace que no veo una hamaca! Tengo que decírselo a Dinah. *(Medio se vuelve, pero se reprime.)* No, no; esto puede esperar. *(A los estudiantes.)* ¿Cómo por aquí ustedes? ¿Qué fue de aquel mitin?

FAWCETT.—Veníamos a decírselo. Lo han suspendido.

EDITH.—Y como no teníamos otro tema para el ejercicio de esta semana, pensamos que era mejor venir.

PROFESOR.—*(Pensativo.)* Ya...

MARION.—*(A* MISTRESS COTTON.) ¿Qué hay de ese té? Voy a ayudarla.

MISTRESS COTTON.—Entonces, vámonos. *(Salen juntas. El* PROFESOR *mira a los estudiantes.)*

PROFESOR.—¿Supongo que irán esta noche a la función del Sindicato? *(Afirman con la cabeza y murmuran «sí».)* ¿Les molestaría entrar por aquí a la vuelta? ¿No? Entonces háganlo, por favor. Ahora, pueden irse. Y siento que hayan tenido que esperar. *(El* PROFESOR *va a la puerta, seguido por* FAWCETT; *pero* EDITH *mira a* JEAN.)

EDITH.—*(Humilde.)* Espero no haberte molestado mientras discutíamos. Bernard me saca siempre de quicio cuando ataca a la religión.

JEAN.—*(Sonriente.)* No; no me ha importado.

PROFESOR.—*(Mientras* EDITH *sale.)* Milagro que usted pierda la calma, miss Westmore. Siento no haberlo visto. *(Confidencial.)* También yo la perdí esta mañana, en la secretaría de la Universidad. Bueno, quizá nos veamos después... *(Acompaña a los estudiantes a la puerta.* JEAN *enciende un cigarrillo. El* PROFESOR *vuelve, cerrando la puerta.)*

JEAN.—¿De verdad sacaste el genio esta mañana?

PROFESOR.—*(Con satisfacción.)* Pues sí. Armé una buena. Les dije que no podrán librarse de mí solo con recordar que tenemos un límite de edad.

JEAN.—Entonces, supones que está todo arreglado...

PROFESOR.—*(Mirándola de soslayo.)* ¿Tú no?

JEAN.—*(Con suavidad.)* No, yo no. *(Se le acerca.)*

PROFESOR.—Tengo que escribir un par de cartas.

JEAN.—*(Ahora más cerca, quedamente.)* Eso puede esperar un minuto, papá. Estamos solos. Nadie nos escucha. Puedes contármelo. No pertenezco al clan de los emigrantes...

PROFESOR.—¿Quiénes son... sus miembros?

JEAN.—*(Igual.)* Mamá, Rex, Marion... Ahora confiésalo, papá. No es todo tan fácil como pretendes, ¿verdad?

PROFESOR.—*(En aparte teatral.)* No..., no lo es. Esto entre nosotros, claro. *(En tono normal.)* Pero lo arreglaré. En realidad, la batalla no ha terminado... Por ello he de escribir esas notas... que no eran una excusa para no hablar. *(Yendo hacia la mesa.)* Probablemente, Lidley imagina, por mi carácter, que no tengo amigos aquí. Se equivoca. Todavía me quedan algunos. Y su misma posición no es tan fuerte como él cree, a menos que tenga alguna cuerda que tocar que yo no conozca. Que puede tenerla... *(Sentándose para escribir.)* Estas notas forman parte de la campaña; si no, no me ocuparía de ellas ahora. *(Empieza a escribir rápidamente.* JEAN *le observa, con aire preocupado. Abre la boca para hablar y se contiene.)* ¿Qué?

JEAN.—Nada.

PROFESOR.—*(Mientras sigue escribiendo.)* Creí que querías decir algo. Si es así, habla. Como dice Rex, no queda mucho tiempo.

JEAN.—*(Tras leve vacilación.)* Acaso sea una engreída... como cree la gente..., pero... Papá, tú sabes mucho y siempre fuiste el que mejor me comprendió.

PROFESOR.—*(Levantando la vista y poniéndose la pipa en la boca.)* ¿Y...?

JEAN.—¿Qué me pasa a mí?

PROFESOR.—*(Encendiendo la pipa.)* Nada grave. De otro modo, no podrías trabajar como lo haces.

JEAN.—Pero algo hay. Lo sé muy bien.

PROFESOR.—*(Con frialdad.)* ¿Te sientes desgraciada, no es eso?

JEAN.—Sí. Y me odio a mí misma.

PROFESOR.—*(Calmoso.)* Ahí está lo malo. Te molestan tus propias emociones. Estás enfadada contigo misma por ser mujer. ¡Gran error! Al fin y al cabo, es algo sin escapatoria posible. Ese hombre del que estás enamorada... quizá no lo merece. Y tendrás que olvidarlo. No lo sé... ni me importa mucho saberlo. Tan solo, recuerda que eres una mujer joven, con otras cien mil mujeres entre tus antepasados, y que todos los doctorados del mundo no cambian ese hecho. No trates de convencerte de que eres la reina de las termes, o una criatura de Marte... o algo parecido. Porque tienes que asistir a neuróticas que disfrutan de sus emociones, que se complacen en ellas, te niegas a dar a las tuyas ni un palmo de cuerda. Y, claro, es como si tuvieses ahí dentro un gato rabioso.

JEAN.—Algo así. Pero, ¿qué puedo hacer?

PROFESOR.—Cómprate una botella de ginebra. Invita a una amiga. Abre la botella, cuéntalo todo, ten una buena llantina y disfrútala minuto a minuto. Después, vuelve a empezar, sobre mejores cimientos.

JEAN.—¿Mejores para mí, quieres decir?

PROFESOR.—Para ti y para todos nosotros. No exijas un mundo

tan eficaz, estilizado y científico como un quirófano. Si lo consiguiésemos, no podríamos vivir en él. No confundas la ciencia con la vida. Aquella es una abstracción, clara y rápida, para conseguir hacer ciertas cosas. Pero nada más. Aunque el agua del baño sea destilada y a la temperatura exacta, lo importante sigue siendo el niño. También los niños son sucios, y siempre lo serán. Pero no te importará demasiado si son tuyos.

JEAN.—Me gustaría que hablásemos largo y tendido la próxima vez, papá.

PROFESOR.—*(Volviendo a escribir, rápidamente.)* Sí; ven por aquí sola en cuanto puedas.

JEAN.—Pero creo que debo prevenirte.

PROFESOR.—*(Sin dejar de escribir.)* ¿Sí?

JEAN.—Mamá habla más en serio de lo que parece.

PROFESOR.—*(Mirándola.)* Está muy necesitada de un cambio. Burmanley ha sido demasiado para ella últimamente. No hay que reprochárselo.

JEAN.—La cosa ha ido más lejos de lo que piensas.

PROFESOR.—*(Ahora mirándola, calmoso.)* ¿Lo crees así? *(Entra* MARION, *dejando abierta la puerta.)*

MARION.—El té espera.

JEAN.—*(Levantándose.)* Allá voy.

PROFESOR.—*(Escribiendo.)* ¿No es algo temprano?

MARION.—Sí, pero pensamos salir pronto. Mamá dice que no te molestes. Ella está ya tomándolo, y después quiere hablarte. *(Sale* JEAN.*)*

PROFESOR.—¿Allí... o aquí?

MARION.—Aquí, supongo. *(Duda un momento, remoloneando.)* Qué discusión tan estúpida y gritona hemos tenido esta tarde...

PROFESOR.—*(Escribiendo.)* Buen alboroto armasteis.

MARION.—¿Qué le pasa aquí a todo el mundo?

PROFESOR.—Un sin fin de cosas.

MARION.—No; quiero decir... ¿por qué sois todos tan materialistas ahora? *(El la mira, interrogador. Ella continúa, con mayor vehemencia.)* Como si en el mundo no importasen más que la producción, la exportación y lo que gana la gente...

PROFESOR.—*(Con suavidad.)* Tenemos que vivir, ¿sabes? Y como somos más pobres que antes, el problema es mayor.

MARION.—Pero eso no lo es todo en la vida.

PROFESOR.—Claro que no... Solo el punto de partida; la mecánica, como si dijésemos.

MARION.—Pues es lo único que parece preocuparos. No, a ti no..., pero eres el único.

PROFESOR.—Ya... Yo no, pero sí todos los demás. ¿Recuerdas el milagro de los panes y los peces?

MARION.—Sí, claro.

PROFESOR.—¿Te parece materialista?

MARION.—No; pero eso es muy diferente.

PROFESOR.—La idea es la misma. Multiplicadlo y dad a cada

uno su parte. Es algo que nunca se ha hecho, al menos en toda una gran sociedad. Sí, ha habido matiz, gracia, cultura, filosofía, vidas elevadas y espirituales..., pero siempre con un montón de pobres diablos, con grandes masas de personas abandonadas, debatiéndose en la oscuridad, olvidadas, ignoradas. ¿Acaso es materialista y sórdido no seguir ignorándolos y olvidándolos, traerlos a todos a la luz, para que reciban su parte?

MARION.—Pero no hablar de nada más ni pensar en otra cosa...

PROFESOR.—*(Levantándose.)* Es un error, sí; lo digo siempre. Pero danos una oportunidad. Puedes llamarnos tristes y aburridos; decirnos que no sabemos comer ni vestirnos; pero, por favor, reconoce que estamos tratando de hacer algo tan extraordinario y maravilloso como difícil: conseguir por una vez una revolución sin terror, sin saqueadores ni policía secreta, sin detenciones arbitrarias, suicidios y ejecuciones en masa; sin poner en marcha ese enorme péndulo de la volencia, capaz de diezmar a tres generaciones antes de detenerse. Estamos luchando en la última trinchera de nuestra civilización. Si triunfamos, la victoria será de todos... Fíjate, Marion... *(La lleva al ventanal y, señalando...)* Mira. ¿Ves a ese tipo de pies planos y cara de zoquete... que va tan cabizbajo...?

MARION.—*(Medio riéndose.)* Sí. Supongo que es el ciudadano británico medio..., el héroe del mundo...

PROFESOR.—*(Con súbito cambio de tono.)* Eso es lo que yo esperaba; pero en realidad veo que es el pobre Atherfield, nuestro profesor de Física, al que se le metió en la cabeza no sé qué barbaridad sobre los isótopos de uranio, o algo parecido... y se quedó sin plaza en la orquesta atómica. Si volamos todos hechos trizas, él no habrá contribuido en nada... El pobre está inconsolable. Bueno, tengo que echar mis cartas. *(Vuelve apresuradamente a la mesa y empieza a meter las cartas en los sobres. Entra* MISTRESS LINDEN, *ya vestida para el viaje, pero sin sombrero ni abrigo.)*

MISTRESS LINDEN.—¿Ah, estás aquí, Marion? Vete a acabar tu té. Rex quiere salir dentro de media hora.

MARION.—No te preocupes, estoy preparada. *(Sale* MARION. MISTRESS LINDEN *mira fijamente al* PROFESOR. *El le devuelve la mirada y lentamente se levanta, con las cartas en la mano.)*

MISTRESS LINDEN.—¿Supiste algo más esta tarde, Robert?

PROFESOR.—No. Creo que Lidley está ocupándose de mi protesta en este preciso momento. Alfred Lockhart me dijo que seguramente celebrarían una especie de reunión esta noche. De modo que puedo tener noticias más tarde.

MISTRESS LINDEN.—*(Con gravedad.)* Ya sabes lo que pienso.

PROFESOR.—Sí. Que, incluso si me quisieran, sería un tonto quedándome. Y como algunos de ellos no me quieren, como tengo que luchar para conservar mi puesto, estoy loco si me quedo. ¿No es así?

MISTRESS LINDEN.—*(Sentándose.)* Sí. Y Rex... y Marion... e incluso Jean, creo, están de acuerdo conmigo.

PROFESOR.—*(Con desenvoltura.)* Bueno, pueden estar también equivocados. *(Pausa, mirándola.)* Siento no tenerte a mi lado en esto, Isabel.

MISTRESS LINDEN.—*(Brusca.)* ¿Crees que a mí me gusta? Lo encuentro odioso. Pero la verdad es que esa gente no te ha querido nunca... Es lo que has sido incapaz de comprender. Este no fue nunca tu sitio. Yo lo sabía... y tú debías haberte dado cuenta. Todo ello no es más que otra razón por la que me alegro de irme.

PROFESOR.—*(Sin darle importancia.)* Ya sé que los tiempos han sido difíciles para ti últimamente. Un cambio te sentará bien. Rex, que entiende mucho más que yo de esas cosas, se encargará de que te diviertas. Me alegro de que vayas. Cuando vuelvas, mi pequeña disputa con Lidley y su equipo habrá terminado, espero..., y trataremos de encontrarte algo más de ayuda para la casa.

MISTRESS LINDEN.—No pienso volver.

PROFESOR.—*(Mirándola fijamente.)* No lo dices en serio.

MISTRESS LINDEN.—Robert, he medido bien las palabras. No pienso volver. Voy a dejar Burmanley para siempre.

PROFESOR.—¿Qué importa Burmanley? Es a mí a quien dejas.

MISTRESS LINDEN.—No voy a dejarte. Esa es la cosa.

PROFESOR.—Pues no lo entiendo.

MISTRESS LINDEN.—*(Ahora más apremiante.)* Es muy sencillo, Robert. Tienes que jubilarte..., y ya te lo han dicho. No hay nada que nos retenga aquí. Podemos vivir con Rex una temporada. Está deseándolo y el dinero no es problema para él. Después, si hace falta, buscaremos un sitio nuestro. Todos creen que es eso lo mejor. Resulta clarísimo. Pero, de repente, se te mete en la cabeza negarte. Quieres seguir aquí. ¿Y yo? ¿Has pensado siquiera en mí?

PROFESOR.—He tratado de hacerlo, Isabel. Y me doy cuenta de que no es fácil para ti...

MISTRESS LINDEN.—*(Apremiante.)* Nunca me gustó Burmanley, desde que llegamos, pero peché con él..., por ti, siempre esperando que pronto podríamos irnos a otro sitio. Estos últimos años, sin los chicos mayores, con la mayoría de nuestros amigos muertos, o lejos, sin ayuda en la casa, y el racionamiento, y las colas, y los apuros..., ha sido un calvario cada día. Solo pedía que llegase este momento, tu retiro..., para acabar con Burmanley para siempre. Rex sabía muy bien lo que yo sentía..., siempre lo ha comprendido...

PROFESOR.—*(En tono ligero, pero con soterrada gravedad.)* Rex el Tentador. Es un papel que le sienta muy bien... Te ofrece cama y desayuno en Huntingdon House... Después, Bond Street, un buen restaurante, el teatro, una partida de «bridge»...

MISTRESS LINDEN.—*(Con calor.)* Sí. ¿Y por qué no? Rex y yo nos comprendemos, nos hemos comprendido siempre. Y si él me ofrece todo eso... y llevar el pelo cuidado, y leer buenas revistas,

y disfrutar de un poco de cotilleo femenino, y tirar el dinero de cuando en cuando, y verse una atendida y mimada...

PROFESOR.—*(Sin asomo de risa.)* ¿Es eso lo que de verdad has querido siempre?

MISTRESS LINDEN.—No, no lo es. Eso lo guardo solo en un pequeño rincón de mi alma, como la mayoría de las mujeres. Lo que he querido es lo que he tenido..., cuidar de ti y de los chicos..., mantener esta casa..., pensar en unas buenas vacaciones para todos. Y cuando hubo que hacerlo, lo hice... y contenta. Pero ya no es necesario; no quiero seguir ni un día más en este odioso sitio.

PROFESOR.—*(Con asombrada melancolía.)* ¿Odioso? Es tan solo una ciudad..., llena de gente que trabaja... y trata de salir adelante... Muy parecidos a nosotros... ¿Por qué odioso?

MISTRESS LINDEN.—*(Casi llorando.)* No quiero decir que no haya sido nunca feliz aquí. Al principio era diferente. Pero ahora resulta odioso..., tan gris..., tan tristón..., con una vida estúpida y miserable... que no tiene el menor sentido para mí... A veces pienso que soy solo un pobre fantasma. Tú tenías tu trabajo..., tus alumnos...

PROFESOR.—Sí..., ya sé que es más fácil para mí..., muy diferente... Pero...

MISTRESS LINDEN.—*(Llorando en silencio.)* Pronto tendré sesenta años..., mi vida acabada... Rex en Londres... Marion lejos, en Francia. Te aseguro que odio este mundo sombrío y miserable que hemos hecho entre todos. Rex tiene razón... Hay que reírse de él y después olvidarlo... Y al volver a oírle estas cosas, y también a Marion... Si se van y me dejan aquí, siento que moriré de tristeza... *(Al verla a punto de derrumbarse, él se acerca a consolarla.)*

PROFESOR.—*(Confortador, mientras se aproxima.)* Me apena que pienses así... Ya sé que ha sido duro... *(Cuando está a punto de tocarla, ella le aparta con un gesto.)*

MISTRESS LINDEN.—*(Dominando su emoción.)* No, Robert; por favor. Déjame decir lo que quiero. Tendré calma. *(Hace un esfuerzo. El se aparta. Después, ella habla con mayor reposo y firmeza.)* No, no voy a abandonarte. Voy a abandonar Burmanley. Y lo hago por ti tanto como por mí. He tratado de persuadirte, y también los chicos; y ahora voy a hacer lo único que creo que puede obligarte a obrar con sensatez. Hablo muy en serio. Me marcho y no pienso volver. Si sigues aquí, Robert, seguirás solo..., y no creo que quieras estar así mucho tiempo, gracias a Dios. *(Mientras él la escucha en pie, rígido, ella inicia un ruego.)* ¡Por favor, Robert! Esto no es una disputa. No es a ti a quien abandono.

PROFESOR.—*(Con gravedad.)* Yo creo que sí. El hombre ha de quedarse donde está su trabajo, y la mujer con él.

MISTRESS LINDEN.—Y así lo hice durante treinta y siete años. Pero tú ya no tienes trabajo.

PROFESOR.—*(Con amargura.)* Es lo más cruel que me has dicho nunca.

MISTRESS LINDEN.—Lo siento, Robert. No lo dije para mortificarte. Pero es verdad... y te haces daño a ti mismo al empeñarte en no admitirlo. *(Entra* REX, *ya con el abrigo. Mira inquisitivamente a sus padres, pero adopta un tono ligero.)*

REX.—Siento entremeterme, pero me gustaría salir antes de diez minutos. Tengo ya casi todo en el coche. ¿Queréis estar solos?

MISTRESS LINDEN.—*(Con aire cansado.)* No, ahora ya no importa. Entra, hijo. *(El* PROFESOR *va al ventanal y mira afuera.* REX *y* MISTRESS LINDEN *cambian miradas. Después ella se levanta y se le acerca. El la coge del brazo y le acaricia afectuosamente la mano. Ella sonríe con tristeza.)*

DINAH.—*(Fuera, sorprendida.)* Pero yo no sabía que os fueseis tan pronto.

MARION.—*(Más lejos.)* Dentro de unos minutos.

DINAH.—*(Como antes.)* ¡Pues vaya! No entiendo lo que pasa en esta familia.

JEAN.—*(Más lejos.)* ¿Ha visto alguien mi maletín rojo?

DINAH.—*(En el mismo tono.)* Voy a buscártelo. *(La oímos alejarse silbando, pues la puerta está abierta y de par en par.* MSTRESS LINDEN *se separa suavemente de* REX, *recobrándose, pero queda a su lado. Entra* MARION, *dispuesta para la marcha, muy guapa y compuesta. Mira la espalda de su padre y cambia significativas miradas con su madre y* REX.)

MARION.—*(Con dulzura.)* Papá..., esperaba que mamá te convenciese para venir con nosotros.

PROFESOR.—*(Después de volverse, tranquilo.)* Pues no me ha convencido, Marion. Me dice que va a dejar Burmanley para siempre...

MARION.—Lo sé. Y creo que tiene razón. Aquí no hay nada para ella.

PROFESOR.—Solo yo. Y algún trabajo por hacer.

MARION.—Yo no lo veo así, papá. No necesitas quedarte.

REX.—*(Bromeando.)* Ni siquiera quieren que te quedes.

PROFESOR.—*(Bruscamente.)* Rex..., ya he oído bastante por hoy.

REX.—Perdona, papá. No quería...

PROFESOR.—*(Cortante.)* Déjalo.

MISTRESS LINDEN.—Si vuestro padre creyese que se está portando como debe, no sería tan quisquilloso. Pero sabe muy bien que no. Esa obstinación es ridícula.

PROFESOR.—Acaso lo que hago no sea muy importante, pero quiero seguir haciéndolo. Y no creo que se trate de simple vanidad personal, del viejo que no quiere que le archiven. Pero tampoco ahora deseo ser un pasajero. Prefiero seguir con la tripulación.

REX.—¿Va eso por mí?

MARION.—¿Y por mí?

MISTRESS LINDEN.—Si lo dice por eso, es absurdo. ¿Por qué no puede Rex...?

PROFESOR.—*(Interrumpiendo.)* Esto no es un ataque a Rex. Ni a nadie. Parece que todos me creéis poco razonable y trato de explicarme. Después de lo que hemos oído en las últimas veinticuatro horas, sabemos ya que Burmanley es un feo y triste agujero en el que solo un viejo loco puede querer trabajar. Y además, ¿para qué trabajar si vosotros no lo necesitáis? Ese es vuestro argumento. Pero no me convence. Me suena a falso. Hay en él algo letal. Porque al final de esos atajos tan divertidos, tan llenos de luz y de color, se encuentran callejones sin salida. Yo no quiero apartarme de la auténtica vida, darla de lado como un trabajo fastidioso. Comprendo que es una lástima, ahora que tiene un aspecto tan averiado, con los puños gastados y las suelas rotas, mientras hay ataúdes forrados de satén... Pero prefiero quedarme con ella y ayudar algo, si puedo...

MARION.—No veo lo que tiene que ver eso con nada de lo que hemos dicho.

MISTRESS LINDEN.—Tampoco yo. Ni creo que tenga que ver. ¿Verdad, Rex? *(Mira a* REX *en busca de ayuda, pero este no responde y parece algo embarazado.)*

PROFESOR.—*(Ceñudo.)* Bien; ¿tú qué dices, Rex? (REX *acaba por encogerse de hombros.)* Querida Isabel, tu hijo es demasiado inteligente para tranquilizarte.

MISTRESS LINDEN.—*(Con brusquedad.)* Demasiado bien educado, quieres decir.

PROFESOR.—*(Mismo tono.)* Sus modales son excelentes. Ojalá los míos fuesen la mitad de buenos. Pero, si deseas saberlo... lo que quiero decir es que todos vosotros, excepto Dinah, estáis ahora empeñados en apartaros de la vida, en darla de lado. Los Linden abandonan el viejo y polvoriento camino real. Y alguien tiene que quedarse. *(Entra* DINAH *y* JEAN, *esta preparada para la marcha.)*

DINAH.—Mistress Cotton está furiosa porque dice que alguien ha cogido su lata de escamas de jabón.

PROFESOR.—*(Cogiendo sus cartas.)* Tengo que echar esto en la esquina.

DINAH.—Yo las llevaré.

PROFESOR.—*(Iniciando la salida.)* No, gracias. Estoy empezando a soltar vapor. Será mejor acabar fuera. *(Sale apresuradamente. Hay cierto descenso de la tensión.)*

JEAN.—*(A* REX.) ¿Me da tiempo de telefonear a Londres?

REX.—Sí; pero no te lo aconsejo. Pararemos por el camino.

MISTRESS LINDEN.—Dinah, querida. ¿No te gustaría venir a Londres? Probablemente podríamos arreglarlo para que fueses al Royal College, o al Conservatorio.

DINAH.—*(Excitada.)* ¡Y los conciertos! ¡Uf! Claro que sería maravilloso. ¿Pero qué pasa? ¿Es que nos vamos todos? Yo no he hecho equipaje, ni nada...

JEAN.—*(Con un asomo de dureza.)* No; papá se queda. *(A su madre.)* ¿No es así?

MISTRESS LINDEN.—*(Algo brusca.)* Sí; él no va. Iba a decírselo cuando me has interrumpido.

JEAN.—*(Con intención.)* Qué inoportuna...

MISTRESS LINDEN.—No te metas en esto, por favor.

JEAN.—No pienso hacerlo.

REX.—¡Eh!, vosotras. Dejadlo ya. Saldremos dentro de un minuto.

MISTRESS LINDEN.—*(Volviéndose a* DINAH.*)* Tu padre se queda... al menos por el momento; pero no creo que esté aquí mucho tiempo, aunque la Universidad no insista en su renuncia. Que insistirán, por mucho que él pretenda que no.

DINAH.—Entonces yo también me quedaré. Papá no podría arreglárselas aquí solo. Además, me gusta esto. *(Los mira a todos con aire acusador.)* ¿Qué ha ocurrido? ¿Habéis estado diciéndole cosas?

REX.—*(Sonriendo.)* No; es él quien nos las ha dicho a nosotros.

DINAH—¡Ah!... Entonces todo va bien. *(Con ansiedad, a su madre.)* ¿Crees que seré capaz de manejar a mistress Cotton?

MISTRESS LINDEN.—Bueno; yo nunca pude...

DINAH.—No; sé llevarla mejor que tú.

MARION.—*(Inquieta.)* Mamá... Yo también dije que era lo mejor..., pero..., la verdad..., Dinah y mistress Cotton..., no puedo dejar de preocuparme... ahora que...

JEAN.—*(Interrumpiéndola.)* Lo mismo pienso yo.

MISTRESS LINDE.—Si creyese por un momento que esto iba a durar, estaría de acuerdo con vosotras. Pero no será así. Y es el único modo... Le dije claramente lo que pensaba, pero con su estado de ánimo fue perder el tiempo. Realmente, es el único camino.

DINAH.—¿Qué camino? ¿De qué habláis?

REX.—*(Mientras su madre calla.)* De quedarse papá aquí...

DINAH.—¡Ah!... Nos las arreglaremos muy bien..., ya veréis.. *(Entra* MISTRESS COTTON, *ceñuda y escrutadora.* DINAH *se vuelve y la ve.)* Mistress Cotton, ¿verdad que usted y yo podemos llevar esta casa... y cuidar del profesor?

MISTRESS COTTON.—Pues claro que podremos... Y mejor nos irá. *(Lanza a* MARION *una mirada torva e inquisitiva.)* ¿No eran suyas las cosas que había esta mañana secando en la cisterna?

MARION.—*(A la defensiva.)* No, mías no...

JEAN.—Eran mías. ¿Por qué?

MISTRESS COTTON.—*(Ceñuda.)* Busco una lata de galletas redonda..., con un diente en la tapa y una vista de Londres alrededor... y llena de escamas de jabón.

JEAN.—Pues yo no la he visto.

MISTRESS COTTON.—*(Inflexible.)* Si usted lo dice... Alguna de ustedes la ha cogido.

DINAH.—*(Joviel.)* No, nadie la ha cogido. Estará por ahí... Ya la encontraré. Sabe que siempre encuentro las cosas. Le prometo buscarla.

MISTRESS COTTON.—*(Refunfuñando al salir.)* Está bien. Si tú lo dices... *(Sale.* REX *mira su reloj.)*

REX.—Hay que ponerse en marcha. ¿Está todo en el coche?

JEAN.—Falta mi maleta. Está en el «hall».

REX.—*(Iniciando la salida.)* Yo la llevaré. Hay que irse volando. Nos queda poco tiempo... *(Sale.* JEAN *se acerca a* DINAH.)

JEAN.—Dinah, si me llaman por teléfono, di que estoy ya de vuelta.

DINAH.—Lo haré.

JEAN.—Di que tengo que estar en el hospital hacia las ocho u ocho y media. ¿Vale la pena decírselo a mistress Cotton? ¿Cómo se porta con los teléfonos?

DINAH.—Contesta, pero los odia..., de modo que dice lo primero que se le ocurre. Es como si algún extraño de mal genio se hubiese colado en casa. *(Entra el* PROFESOR.)

PROFESOR.—Rex dice que tenéis que marcharos.

MARION.—*(Iniciando la salida.)* Ahora vamos.

PROFESOR.—Saldré en seguida. (MARION *suspira.)*

DINAH.—*(Yendo hacia la puerta con* JEAN.) ¿Qué te pasa?

MARION.—*(Mientras sale.)* No sé... Pero ahora me siento triste. *(Salen, dejando solos al* PROFESOR *y a* MISTRESS LINDEN, *no lejos de la puerta y dispuestos para seguirles.)*

MISTRESS LINDEN.—¿Estarás en casa esta noche, Robert?

PROFESOR.—Sí; a menos que haya grandes acontecimientos en la Universidad.

MISTRESS LINDEN.—Eres demasiado optimista en este asunto.

PROFESOR.—¿Por qué lo dices?

MISTRESS LINDEN.—Tengo el presentimiento de que quieren librarse de ti... y lo conseguirán..., de manera que no estés confiado. Te llamaré desde el piso de Rex.

PROFESOR.—Muy bien.

MISTRESS LINDEN.—Pero te he hablado en serio, Robert. No pienso volver. Lo hago tanto por ti como por mí. Esta vez tendrás que ceder. *(Como a punto de abatirse.)* ¡Robert, esto es odioso...!

PROFESOR.—También a mí me lo parece, Isabel. Es todo un error. *(La besa ligeramente.)* Crees que cometo una equivocación. Yo creo que la equivocación es la tuya. Pero no vamos a discutir por ello, después de tantos años. Eres mi mujer y te quiero mucho.

MISTRESS LINDEN.—*(Como a punto de cambiar de parecer.)* Robert..., yo... *(Vacila.)*

PROFESOR.—¿Sí...? *(Se oye a* REX *llamando, impaciente, pero alegre.)*

REX.—*(Fuera.)* Vamos, mamá. Ya estamos todos... y el camino nos llama...

MISTRESS LINDEN.—Ya voy, hijo. *(De nuevo cambiada, mira acer-*

bamente al PROFESOR.) Te llamaré esta noche, Robert *(Se vuelve y sale. El la sigue, con algo de melancólico en la curvatura de su espalda. Después oímos la voz de* DINAH.)

DINAH.—*(Fuera.)* Sí; ya está aquí. *(Una pausa, y el teléfono suena insistentemente. Al fin,* MISTRESS COTTON, *fumando con aire de fastidio, entra para contestar.)*

MISTRESS COTTON.—*(Al teléfono.)* Sí... ¿Quién?... ¿Doctor?... El profesor Linden es quien vive aquí. ¡Ah!, esa... No, no está. Acaba de irse... No lo sé ni me importa... Parezco de mal humor porque tengo mal humor. *(Mientras cuelga de golpe el teléfono, lo mira y le echa una bocanada de humo, el telón desciende para el final del cuadro primero.)*

CUADRO SEGUNDO

Al levantarse el telón un minuto después, para empezar el cuadro segundo, es de noche, varias horas más tarde, y están corridas las cortinas del ventanal y encendida la luz. La iluminación no debe ser tan general como en el acto primero, cuadro segundo, sino más íntima, quizá utilizando una gran lámpara «standard» en primer término izquierda. La puerta está entreabierta. DINAH y MISTRESS COTTON conferencian. DINAH maneja varias cartillas de racionamiento mientras MISTRESS COTTON está sentada en el brazo del sillón, todavía fumando y con una taza de té en la mano. Notamos que la conferencia de amas de casa, pues de eso se trata, lleva ya reunida un buen rato. DINAH se devana los sesos sobre uno de los cuadernillos que tiene abiertos, el que mira frunciendo el ceño, y MISTRESS COTTON la observa, sin que se dirijan la palabra durante unos momentos.

DINAH.—¡Uf! Qué difícil es esto del racionamiento...

MISTRESS COTTON.—La mayoría de las veces no es difícil: es imposible. Solo con pensar en los tenderos, se me suelta la lengua. El martes me pasó con Frost, el verdulero. Y va y me dice: «Vamos, que no es usted una señora para hablar así.» Y yo le digo: «Ya lo sé..., pero tampoco es usted verdulero, aunque lo ponga ahí afuera.»

DINAH.—*(Consultando el libro.)* ¿Qué es esto de sebo

MISTRESS COTTON.—No lo sé..., pero procura hacerte con ello y no te preocupes de más. A tu padre le gusta encontrar algo de grasa..., como a todos los hombres...

DINAH.—También a mí. El pastel de carne y los bollos de miel...

MISTRESS COTTON.—Eso es porque eres joven. A mí me cae en el estómago como plomo. Pero no te fíes de lo que diga ahí. Tú procura que te den algo y se acabó.

DINAH.—Lo malo es que no tengo mucho tiempo...

MISTRESS COTTON.—No seas niña. Lo haré yo, como lo hacía para tu madre. Déjalo de mi cuenta.

DINAH.—Bueno; lo prefiero, porque la verdad es que no entientiendo mucho de la casa, aunque haré lo que pueda...

MISTRESS COTTON.—Lo que puedas, y lo que pueda yo y puedan los tenderos, va a servir de poco, porque si no lo conseguimos nos quedaremos sin comerlo. Claro que está el mercado negro.

DINAH.—Si alguien me ofreciese chocolate lo compraría.

MISTRESS COTTON.—Y yo también. Sobre todo del blando.

DINAH.—A mí me gusta el duro. Pero nadie lo ofrece.

MISTRESS COTTON.—Es que hay que saber...

DINAH.—¿Y sabe usted, mistress Cotton?

MISTRESS COTTON.—En este momento, no. Pero pudiera no andar lejos. Apostaría a que conozco a alguien... Tu hermano Rex. Seguro que tiene a tu madre como una reina a base de mercado negro. Pollos, buena leche, huevos, «whisky»...

DINAH.—No creo que a mamá le guste el «whisky»...

MISTRESS COTTON.—Ojalá no me gustase a mí tampoco, porque no lo cato. Solo aquella media botella que me mandó Bert por Navidad.

DINAH.—*(Solemne.)* Bueno. Ahora, mistress Cotton, ¿qué hay de mañana?

MISTRESS COTTON.—Es domingo.

DINAH.—Sí, ya lo sé. Pero quiero decir... comida y esas cosas.

MISTRESS COTTON.—No te preocupes. Queda bastante en la despensa para arreglarnos.

DINAH.—Entonces, el lunes...

MISTRESS COTTON.—Estamos a sábado. No necesitas romperte la cabeza pensando en el lunes. Tú déjame a mí. Y no lo tomes tan en serio... No sirve de nada. Ahora es todo a cara o cruz, y casi siempre cruz... Si empiezas a darte mal rato, acabarás trastornada. Bueno, la verdad es que la mitad de la gente lo está ya, si no es por una cosa, por otra. ¿No te he contado lo de mi prima?

DINAH.—¿La que está casada con dos hombres?

MISTRESS COTTON.—No, esa es la pobre Florrie... Tampoco esa está muy bien de la cabeza. Pero esta es otra, Agnes, la casada con un panadero. ¿Sabes por qué le ha dado ahora? *(Susurrante, pero muy alto.)* Guarda papel de seda. Lo recoge y lo guarda. Recorre millas buscándolo. Lo alisa, a veces incluso lo plancha, y lo guarda con mucho cuidado. Tiene lo menos un armario lleno.

DINAH.—¿Pero por qué?

MISTRESS COTTON.—*(En el mismo tono.)* Ni ella lo sabe. Cosas de la cabeza. Le da por eso... Te lo aseguro, cada vez hay más gente chiflada. El jueves llamó un hombre por la puerta de servicio, un hombre viejo, muy limpio y con barba, que hablaba muy bien, y dijo que lo enviaba el profeta Enoch.

DINAH.—*(Asombrada y a punto de reírse.)* ¿El profeta Enoch?

MISTRESS COTTON.—Tan cierto como que estoy aquí. *(Suena lejano el timbre de la puerta.)*

DINAH.—Llaman. ¿Crees que será uno de esos?

MISTRESS COTTON.—*(Iniciando la salida.)* A lo mejor. Voy a ver. *(Sale.* DINAH *echa una última ojeada, llena de confusión, a la libreta que tiene en la mano y la deja.* MISTRESS COTON *aparece en*

la puerta y dice, malhumorada.) Un estudiante. *(Da paso a* EDITH WESTMORE *y cierra la puerta al salir.)*

EDIH.—Tu padre nos dijo que viniésemos esta noche, después de la función del Sindicato...

DINAH.—Ha salido, pero volverá en seguida. Siéntate. ¿Dónde está..., como se llame?

EDITH.—¿Bernard Fawcett?

DINAH.—Sí.

EDITH.—Ahora vendrá. Pero no le he esperado. No es amigo mío. No creas que me gusta mucho. *(Se sienta.* DINAH *se recuesta en un sillón.)*

DINAH.—Apenas le conozco. Pero siempre parece que acaban de llevarle la contraria.

EDITH.—Y casi siempre es verdad. *(Se ríe; y después, vacilante...)* ¿Sigue aquí tu hermano?

DINAH.—No; volvió a Londres esta tarde. ¿Estuviste con él?

EDITH.—Solo un momento, ayer. Es muy interesante, ¿verdad?

DINAH.—No sé... Sí, supongo que sí.

EDITH.—Es extraño que no esté casado, ¿no crees?

DINAH.—Me parece que eso no le va. No podría aguantar mucho tiempo a una misma persona.

EDITH.—Sin embargo... Hay muchos hombres que parecen así y acaban casándose.

DINAH.—Sí. También podría pasarle a Rex. Probablemente con alguna mujer despampanante..., una estrella de cine, para exhibirla en los sitios caros. Rex es muy inteligente; sobre todo muy listo. ¿Sabes un juego que se llama el «Negro Sam»?

EDITH.—*(Con desaliento.)* No. En casa no jugamos a nada.

DINAH.—Es nuestro juego familiar. Antes nos pasábamos las horas con él. Anoche volvimos a jugar... y Rex volvió a ganarnos. Siempre gana. *(Empieza a reírse.)* Se pasó una hora haciendo trampas sin que nos diésemos cuenta... Era lo que hacía siempre cuando jugábamos... Y anoche, Jean..., mi hermana la doctora, que suele ser tan seria y estimada, se puso furiosísima con él. La gente apenas cambia, al menos por dentro. En cuanto se ven en confianza..., cuando están otra vez en familia, haciendo niñerías, son exactamente igual que siempre.

EDITH.—Uno de mis hermanos es muy distinto que antes de la guerra. Ahora no suele mirar a nadie a la cara; pero de repente te mira y se echa a reír a lo tonto... *(Vacila un momento. Después, dudando.)* ¿Tú crees... que este color de labios... me sienta bien?

DINAH.—*(Algo asombrada.)* No sé... No entiendo mucho de eso. *(Se le acerca y la examina.)* No... Demasiado oscuro.

EDITH.—*(Desdichada.)* ¡Dios mío! *(Después, estallando.)* A veces desearía no ser chica. ¿Tú no?

DINAH.—Antes me pasaba. Pero ahora no me preocupo... Me tiene sin cuidado. (MISTRESS COTTON *abre la puerta y, en el mismo tono de antes...)*

MISTRESS COTTON.—Otro estudiante. *(Entra* BERNARD FAWCETT, *con un abrigo muy gastado y bufanda, pero sin sombrero.* MISTRESS COTTON *cierra la puerta.)*

FAWCETT.—*(Sombrío.)* ¡Hola!

DINAH.—¡Hola! Mi padre volverá en seguida. ¿No quieres quitarte el abrigo?

FAWCETT.—*(Igual.)* No, gracias.

DINAH.—¿Qué te pasa?

FAWCETT.—*(Irritado.)* Estos malditos catarros que cojo. Tuve uno horrible ayer..., bueno, toda la semana. Esta tarde creí que se me había pasado, y ahora vuelve. Me duele la cabeza y las cosas no me saben a nada. Pero voy a fumar, si no te importa.

DINAH.—Claro que no. *(*FAWCETT *saca una mugrienta pipa de cerezo, del tipo preferido de los jóvenes estudiantes, la enciende desmañadamente y fuma con aire lúgubre.)*

FAWCETT.—La función del Sindicato fue una porquería.

EDITH.—*(Suave.)* Pues a mí me gustó esta vez.

FAWCETT.—*(Con rudeza.)* ¡Te gusto...!

EDITH.—No seas tan brusco.

FAWCETT.—*(Asombrado.)* ¿Cómo?

EDITH.—*(Con mayor acritud.)* Que no seas tan brusco.

FAWCETT.—¿Pero qué te pasa?

EDITH.—No sé por qué los chicos creéis que tenéis que portaros como..., como brutos, solo porque hayáis venido a una Universidad..., porque seáis estudiantes. Si pudieseis ver lo que parecéis... en comparación con..., con otra clase de hombres...

FAWCETT.—No me fastidies, Westmore. Ni que te hubieses enamorado de alguno.

EDITH.—*(Presurosa.)* Enamorado... No seas estúpido.

FAWCETT.—*(Volviéndose a* DINAH.) ¿Qué es eso de tu padre?

DINAH.—*(Alerta.)* ¿Qué pasa con él?

FAWCETT.—Le dije a otro que también cursa Historia..., un tal Thring..., que venía aquí para saber el tema de la semana próxima..., y me dijo que no me molestase, que todos dicen que tu padre se jubila... en seguida...

DINAH.—*(Vehemente.)* Pues no es verdad.

FAWCETT.—Me dijo que todos lo decían. «A Linden le han dado la absoluta», dijo.

EDITH.—*(Apurada.)* ¡Por amor de Dios, cállate!

FAWCETT.—¿Por qué tengo que...? *(Estornuda violentamente.)* ¡Maldita sea!

DINAH.—*(Que le ha escuchado rígida.)* ¡Ojalá sea gripe..., y de esa que duele mucho por dentro y que te hace tomar ricino...! *(Sale pisando fuerte.* FAWCETT *la sigue con la vista, asombrado, y después mira a* EDITH.)

FAWCETT.—¿Dijo que ojalá fuese gripe?

EDITH.—*(Rabiosa.)* Sí. Le sentó mal lo que le dijiste de su padre. «¡A Linden le han dado la absoluta!» ¡Qué manera de expresarse! ¡Y qué bonito para decírselo a su hija!

FAWCETT.—*(Resignado con la incomprensión.)* ¡Oye! Pero ¿qué he hecho yo? Encontré a uno que se llama Thring...

EDITH.—*(Furiosa.)* ¡Ojalá tenga también él la gripe gástrica!

FAWCETT.—*(Luchando con su catarro.)* ¡Mujeres! Cuantas más..., más veo... *(Siente llegar otro estornudo y pugna con él.* EDITH *suelta la risa.)* Cómo admiro su maravilloso y delicado sentido del humor, miss Westmore.

EDITH.—*(Riéndose.)* Si te vieses...

FAWCETT.—*(Gritando.)* ¡No quiero verme...! *(Entra el* PROFESOR LINDEN.)

PROFESOR.—Bueno, Fawcett; si no quiere verse, nadie le obliga hasta mañana, a la hora de afeitarse. Buenas noches, miss Westmore. Y perdón otra vez por tenerles esperando.

EDITH.—No se preocupe, profesor.

PROFESOR.—*(Sentándose.)* Gracias. Con este ir y venir de mi familia... y otras cosas... voy a perder por completo mi bien ganada reputación de hombre puntual. Bien... De modo que esa reunión de la Sociedad de Vigilancia de los Ciudadanos de Bur manley fue aplazada... y que, con gran alivio suyo, tendré que buscar otro tema para su ejercicio...

FAWCETT.—Sí.

EDITH.—*(Con timidez.)* Profesor Linden...

PROFESOR.—Dígame.

EDITH.—*(Como antes.)* ¿Vendremos a verle la semana próxima? Quiero decir...

PROFESOR.—*(Algo bruscamente.)* Así lo espero. ¿Por qué no? *(Intercambian miradas y él lo advierte. Se levanta y da algunos pasos, impaciente. Después habla más para sí mismo que para ellos.)* Realmente... esto es grave. *(Volviéndose hacia ellos.)* ¿De modo que han oído rumores de que puedo no estar aquí la próxima semana?

FAWCETT.—Sí. Fue esta misma noche..., en el Sindicato.

PROFESOR.—Ya *(A* EDITH.) ¿Y usted también?

EDITH.—*(Disgustada.)* Sí..., oí algo.

PROFESOR.—Pues no debió oírlo. Esto solo prueba lo que he dicho otras veces, que una Universidad es un pueblo de locos. *(Le miran, y hay una pausa mientras él reflexiona. Después, con mayor decisión.)* Ustedes dos son alumnos de Historia del tipo medio en Burmanley. Tengo que hacerles una pregunta, que deben contestar con la mayor sinceridad. Si se limitan a ser corteses, harán que sienta haberles preguntado. *(Pausa. Después, tranquilo e impersonal.)* ¿Les importaría realmente... que yo no estuviese aquí la próxima semana?

EDITH.—*(Involuntariamente.)* ¡Por Dios...!

PROFESOR.—Quiero una respuesta sincera e imparcial. ¿Fawcett?

FAWCETT.—*(Con firmeza.)* No, señor. Realmente, no me importaría. Me entiendo muy bien con míster Pearse y míster Saxon. No quiero decir...

PROFESOR.—*(Tranquilo.)* Nada importa lo que no quiere decir. Me ha dado una respuesta honrada. Ahora, miss Westmore...

EDITH.—*(Debatiéndose.)* ¡Dios mío!... Es tan difícil...

PROFESOR.—Puedo tomar eso por respuesta, si es necesario.

EDITH.—*(Esforzándose.)* No... Quiero decir que me gustan sus explicaciones más que las de nadie..., y venir a verle para los ejercicios... No le entiendo siempre, como a míster Pearse; pero, de todos modos, sería terrible que se fuese...

PROFESOR.—*(Con calma.)* No, no lo sería. Su respuesta es la misma. *(Cuando ella trata de disculparse.)* Por favor, miss Westmore; si trata de disculparse conmigo, tendré yo primero que disculparme con usted por haberle hecho esa pregunta..., y estaríamos así toda la noche. *(Con evidente esfuerzo.)* Bueno, eso es todo. Pero..., el que no sepamos lo que va a pasar no es razón para no trabajar un poco de modo que volvamos al siglo dieciséis. El siglo dieciséis... *(Pasea, tratando de concentrarse.)* Sí..., bien. Shakespeare está en el Teatro del Globo escribiendo imperecederas obras maestras. Supongamos que intentan ustedes establecer la relación entre ese hecho glorioso y el auge de las ciudades lombardas con el desarrollo del sistema bancario.

FAWCETT.—*(Aterrado.)* ¿Del sistema bancario?

PROFESOR.—Sí. Naturalmente, tienen que remontarse un siglo. Aquí, «El sueño de una noche de verano», «Hamlet»... Allí, las ciudades italianas y el sistema bancario. A un extremo de la cadena, cartas de crédito y préstamos al cinco por ciento; al otro, un teatro de madera junto al Támesis, lleno de gente mientras cae la tarde y un cómico de cara enharinada murmura: «Aléjate un instante de la felicidad...» Nada más.

FAWCETT.—*(Levantándose para marcharse.)* ¿Y si no está usted aquí?

PROFESOR.—*(Algo bruscamente.)* Todavía no me han dicho que no voy a estar. Para todos los efectos, suponga que estaré. *(Suena el teléfono. El* PROFESOR *acude a contestar.)*

EDITH.—*(Susurrante, a* FAWCETT.) ¡Idiota!

FAWCETT.—*(En el mismo tono, indignado.)* ¿Por qué?

EDITH.—*(Lo mismo.)* ¡Bah..., cállate!

PROFESOR.—*(Al teléfono.)* Sí... Aquí el profesor Linden... Muy bien... *(Se vuelve a los estudiantes, de pronto avejentado y pálido.)* Es conferencia de Londres y puede durar bastante; de modo que, si quieren irse ya, nos encontraremos aquí, espero, el próximo viernes a la hora de costumbre.

EDITH.—*(Saliendo.)* Muy bien. Buenas noches, profesor.

FAWCETT.—*(Saliendo.)* Buenas noches.

PROFESOR.—Buenas noches... *(Salen, dejando la puerta abierta. El* PROFESOR *contesta al teléfono.)* Sí, Isabel... Aquí Robert... Bueno... No, no hay noticias; pero, naturalmente, corren rumores... Si tuviese vanidad, ya habría recibido un par de disgustos... No, no vale la pena hablar de ello... ¿De veras? Bueno, nunca te gustó mi voz por teléfono. Y quizá esté algo cansado... ¿Mistress Cotton?

La llamaré. Después seguiremos. Un momento. *(Deja apresuradamente el teléfono, va hasta la puerta, llama:* «Mistress Cotton... Mistress Cotton... Dése prisa... El teléfono», *y vuelve.)* Ya la he avisado... No, no te preocupes por nosotros. Contemplados desde los esplendores del piso de Rex, probablemente damos más lástima de la debida... Pues claro; ¿por qué no ibas a pasarlo bien, mujer? Me alegro... Bueno, nunca he conseguido parecer muy contento por teléfono y al final de una noche de sábado... Sí, Isabel, lo sé; pero yo pienso así y, mientras siga vivo, he de vivir de acuerdo conmigo mismo. *(Aparece* MISTRESS COTTON.) Vamos a dejarlo así, Isabel. Aquí está mistress Cotton. *(Le da el receptor a* MISTRESS COTTON, *que lo toma y habla con aire ofendido.)*

MISTRESS COTTON.—*(Al teléfono.)* Aquí mistress Cotton... Sí, mistress Linden... Eso ya me lo dijo esta mañana... Bah, no se preocupe que nos arreglaremos... Será lo primero que les diga el lunes. ¿Qué?... Pues... *(Mira al* PROFESOR, *que está cerca.)* Algo mustio, diría yo... Como si la noche estuviese más fría de lo que está, y ya usted me entiende... Sí... ¡Ah, ella muy bien! Ya le digo que nos las arreglaremos... ¿Mañana por la noche, a la misma hora? Se lo diré. Adiós. *(Cuelga el receptor como si le asquease.)* Que llamará a la misma hora mañana por la noche. Por dinero que no quede... Claro, el señorito Rex... *(Tuerce la nariz como ante algo sospechoso.)* Tanto hablar por teléfono..., ¿adónde vamos a parar?

PROFESOR.—*(Con algún desaliento.)* No lo sé. A mí me gusta poco.

MISTRESS COTTON.—Como que no es humano; eso es lo que pasa. ¡Ah...!, hay un aviso para usted.

PROFESOR.—¿Sí?

MISTRESS COTTON.—Una chica, compañera de mis Dinah, vino a traerle unos discos, y trajo también un recado para usted. Creo que trabaja en su oficina...

PROFESOR.—¿En la oficina de quién?

MISTRESS COTTON.—De ese míster Lockhart. Dijo que él vendría a verle esta noche... Supongo que estará al llegar...

PROFESOR.—*(Despacio y suavemente.)* Ya. Bueno; Alfred Lockhart es un viejo amigo mío, y... *(Mirándola a los ojos.)* Mistress Cotton, ¿cuánto «whisky» queda?

MISTRESS COTTON.—*(Con aire inocente.)* No mucho. Como un par de dobles de bar..., y ya sabe cómo los dan ahora...

PROFESOR.—Debía haber más.

MISTRESS COTTON.—Pues no lo hay. Se acaba en seguida.

PROFESOR.—*(Con suavidad.)* No cabe duda. ¿No habrá usted, por casualidad, tomado algo últimamente?

MISTRESS COTTON.—*(Tras afirmar con la cabeza.)* Solo un sorbito... Ayer por la mañana... Cuando se cayó aquel techo... y me recordó, ya sabe..., pues tuve que tomar un poco.

PROFESOR.—Sí; muy natural. Yo hubiese hecho lo mismo.

MISTRESS COTTON.—¡Ah! Usted y yo, profesor..., nos entendemos bien... Vive y deja vivir... Ese es nuestro lema.

PROFESOR.—Algo hay de eso. Bueno, traiga lo que queda del «whisky» y un par de vasos para míster Lockhart y para mí. También a nosotros se nos va a caer el techo encima. *(Suena el gramófono, lejano y detrás de una puerta cerrada.)*

MISTRESS COTTON.—Está bien. ¿Oye eso? Música. Es ella. *(Sonríe con un asomo de ternura.)* Esta noche me estuvo aquí hablando de la casa, las compras y todo eso... Quiere atenderle bien... ¡Bendita sea!

PROFESOR.—*(Con dulzura.)* Tiene que cuidar de ella, mistress Cotton. Sé que usted la quiere.

MISTRESS COTTON.—Como si fuera mía. Esa chiquilla me ganó desde que la vi... Fue uno de los motivos para quedarme. Esa Dinah, profesor..., se va haciendo mayor, claro...

PROFESOR.—Sí; tiene ya diecisiete años.

MISTRESS COTTON.—*(Solemne.)* ¡Dieciocho! Pero sigue viviendo en el país de la infancia, donde usted y yo estamos ya olvidados.

PROFESOR.—*(Asombrado.)* Mi querida mistress Cotton, eso es muy cierto; pero resulta extraordinario que usted lo diga...

MISTRESS COTTON.—*(Complacida.)* Se lo oí a un tipo en la imperial del autobús, un lunes de Pascua, y se me quedó grabado. Estábamos cruzando el Támesis..., amontonados, como de costumbre... Llovía un poco y hacía sol al mismo tiempo, como suele pasar en Pascua, y estaba todo tan reluciente que daban ganas de reír y llorar. De modo que, cuando le oí decir eso, se me quedó grabado. ¿Se da cuenta?

PROFESOR.—*(Quedamente.)* Sí. Y quizá, después de todo, no estemos olvidados... *(Como si hubiera abierto de par en par la puerta, el gramófono se oye ahora claramente, aunque distante. Es la grabación por Casals del último tiempo del «Concierto» para violonchelo de Elgar; el pasaje, cerca del final, en el que los temas son reexpuestos de un modo tan punzante. El* PROFESOR *escucha intensamente.)*

MISTRESS COTTON.—*(Quedamente.)* Voy a traerle ese «whisky». *(Sale, y mientras él escucha junto a la puerta abierta, se le reúne* DINAH, *excitada.)*

DINAH.—*(En audible susurro.)* Es Casals. ¿No creerías que era yo, verdad?

PROFESOR.—Lo dudé; pero no se me ocurría cómo habrías conseguido meter en el comedor a la Orquesta Sinfónica de la BBC.

DINAH.—¿No sería maravilloso poder hacerlo? ¿Meterlos a todos en una cajita mágica?

PROFESOR.—Ahora están en ella. Es el último tiempo, ¿no?

DINAH.—Sí; y no conseguiré tocarlo bien ni en mil años..., si es que lo consigo. Escucha... *(La música suena con especial emoción.)* Ahora está recordando los temas anteriores y diciéndoles adiós.

PROFESOR.—*(Quedamente, casi hablando a la música.)* Vagando

por la oscura casa de la vida..., tocando todas las cosas amadas... y diciéndoles adiós... para siempre..., para siempre... *(Suena el timbre de la puerta de entrada.)*

DINAH.—¡Oh..., quédate! Yo iré. *(Sale corriendo.)*

PROFESOR.—*(En el umbral, llamando.)* Si no es Alfred Lockhart, que no puedo verle. *(Saliendo a comprobarlo.)* Ah, ¿eres tú, Lockhart?

LOCKHART.—*(Todavía lejos.)* Sí.

PROFESOR.—Pasa. Dinah, cuando hayas acabado con el gramófono, será mejor que te acuestes.

DINAH.—*(Cruzando rápidamente ante la puerta.)* Lo haré; pero se me ha ido el sueño. *(El* PROFESOR *hace pasar a* LOCKHART, *que lleva abrigo y el sombrero en la mano, ambos oscuros. Su aspecto es grave.)*

PROFESOR.—*(Todavía junto a la puerta abierta.)* Te has vestido de funeral... ¿No quieres quitarte el abrigo?

LOCKHART.—No; gracias, Robert. Estaré poco tiempo. (MISTRESS COTTON *aparece con una bandeja en la que hay dos vasos, una jarrita con agua y una garrafita de «whisky» con muy poco licor.)*

MISTRESS COTTON.—Aquí está lo que queda... Aprovéchenlo bien. *(Va a dejar la bandeja.)*

PROFESOR.—Gracias, mistress Cotton. No la necesitaré más esta noche... De modo que... hasta mañana.

MISTRESS COTTON.—*(Saliendo.)* Buenas noches. Voy a ver si se acuesta también el ama de la casa. *(Sale cerrando la puerta.)*

PROFESOR.—¿Un poco de «whisky», Alfred?

LOCKHART.—*(Grave.)* Si no te importa, Robert, preferiría cumplir antes la parte oficial de mi visita.

PROFESOR.—Ya supuse que habría una parte oficial. *(Han tomado asiento.)*

LOCKHART.—Es todo muy desagradable. Por eso he querido solucionarlo esta misma noche.

PROFESOR.—Adelante.

LOCKHART.—*(Metódico e impersonal.)* El vicecanciller me ha comunicado que, dadas las circunstancias, no forzará tu inmediata dimisión; aunque, y me recalcó mucho este punto, deplora la actitud que has adoptado y confía en que volverás a considerar tu decisión...

PROFESOR.—*(Interrumpiéndole.)* Alfred, no puedo seguir escuchando esa jerga ni verte pretendiendo hacer de funcionario. ¿Qué han acordado? ¿Sigo como hasta ahora?

LOCKHART.—No.

PROFESOR.—*(Sorprendido.)* ¿Cómo?

LOCKHART.—Se trata de un compromiso. Lo esperaba, como ya te indiqué esta mañana. Renuncias a la cátedra y a la mayor parte del trabajo, pero puedes quedarte como emérito, sin intervenir en los exámenes, excluido del Consejo de Estudios y con un sueldo de aproximadamente la mitad, quizá algo más...

PROFESOR.—*(Furioso.)* Pero, Alfred, esto es un insulto...

LOCKHART.—Es lo que yo esperaba.

PROFESOR.—Pero ¿hubo una auténtica reunión?

LOCKHART.—Sí.

PROFESOR.—¿Y qué hicieron Drury, y Hamilton... y todos los míos?

LOCKHART.—Allí estaban. No lo aprobaron. Hamilton dijo lo que pensaba... Estuvo bastante duro. Pero tuvieron que rendirse.

PROFESOR.—*(Con calma.)* Me parece que vamos a tomarnos ahora este «whisky». *(Se levanta y empieza a servirlo.)* Y no digas de funcionario, Alfred. Nos conocemos desde hace más de veinte años; hemos luchado juntos... y nos hemos vendado las heridas mutuamente...

LOCKHART.—*(Tranquilo y apacible.)* Sí. Se acabó mi embajada. Que se vayan al infierno. Estoy harto de este trabajo. Quiero encontrar una salida... y pronto. *(Toma el vaso que le da el* PROFESOR.*)* Gracias, Robert. ¿Puedes pasarte sin él?

PROFESOR.—No; ni tampoco mi ama de llaves.

LOCKHART.—*(Cachazudo.)* Tanto mejor sabrá. *(Mirando solemnemente su vaso.)* «¡Skoal!»

PROFESOR.—*(Alzando el suyo.)* «¡Salut!» *(Beben con toda ceremonia.)*

LOCKHART.—Te diré lo que intentaba decirte esta mañana. No debiste darles esta oportunidad. Debías haberte marchado. Tu mujer tenía razón...

PROFESOR.—No te portaste bien, Alfred, prestándote a una intriga femenina. A propósito, Isabel se ha ido a vivir con Rex y dice que no volverá.

LOCKHART.—Eso es malo en teoría, pero muy sensato en la práctica. Trata de obligarte. Lo mejor es que vayas a reunirte con ella el lunes. Dile al vicecanciller que puede guardarse su emérita tontería. Me encantaría llevarle una carta en tu mejor estilo, Robert.

PROFESOR.—Mira, Alfred: esta noche han estado aquí dos estudiantes..., tipos corrientes... Fawcett y esa chica, la Westmore..., y he sido lo bastante insensato para hacerles una encuesta a lo Gallup sobre si les importaría realmente que yo me fuese. He deducido que no. Por ellos, lo mismo podría estar esta noche en el superpiso de Rex, saboreando su excelente «whisky» de mercado negro.

LOCKHART.—Es donde yo estaría.

PROFESOR.—*(Plácidamente.)* No, Alfred; tú no. No seas mentiroso. ¿Qué me dices de aquel trabajo que Masterton, el de los motores, te ofreció el año pasado, con una hoja de gastos más larga que tu brazo? Lo rechazaste... para seguir matándote aquí.

LOCKHART.—Fui un estúpido.

PROFESOR.—Pues yo también lo soy. E insulto o no insulto, alumnos o no alumnos, mujer o no mujer, me quedo...

LOCKHART.—*(Medio enfadado.)* ¿Pero por qué? ¿Qué diablos crees que puedes hacer aquí ahora?

PROFESOR.—Ser un viejo estorbo. Hacer travesuras seniles. Echar llaves de tuercas en sus mecanismos impíos. Coger a la «élite» de nuestros sabios historiadores y demostrarles lo que ha sido hasta ahora la vida en este admirable planeta. Voy a dar clases que tengan tanto que ver con el programa oficial como los fuegos artificiales. Voy a contradecir todas las tristes mentiras sobre la humanidad que cocinen Pearse, Saxon y los demás... Voy a...

LOCKHART.—*(Tajante.)* No sigas, Robert. Creo que todo son fanfarronadas. *(El* PROFESOR, *que ha terminado en pie su perorata, se vuelve, dolido, pero no queriendo que* LOCKHART *lo note. Este lo sospecha y se lo acerca.* LINDEN *le mira con reproche.* LOCKHART *dice.)* Lo siento. Aunque lo pensase, no debía habértelo dicho.

PROFESOR.—Si eres capaz de pensarlo, mejor es que lo digas..., incluso esta noche. Sí; quizá era todo un «bluff»... Vamos a decirlo de otro modo. Llevo aquí mucho tiempo... y me gusta este sitio, triste y destartalado como es. Son años duros, Alfred... Tenemos que salir adelante. Y aquí puede haber algo en que yo ayude, antes que la lucha acabe. Un retoque, un atisbo, alguna perspectiva sobre cosas de siempre, una leve intuición... ¿O será solo la típica vanidad del emérito?

LOCKHART.—No, no lo es. Tú puedes hacer todo eso..., si te dejan.

PROFESOR.—*(Algo frío al principio.)* Tienes razón. Y no son tanto los hombres como los mecanismos lo que tenemos que combatir. Ese nuevo artilugio educativo que nos han plantado aquí, por ejemplo. Y en todas partes... el engranaje industrial y capitalista... y ahora el del sindicalismo y la burocracia.

LOCKHART.—Exacto.

PROFESOR.—Le decía a mi familia, a quien nada de esto le importa, que tratamos de hacer en este país algo maravilloso. Y es cierto. Pero su aspecto no lo es tanto. Hay una especie de frialdad y vacío donde debiera haber alegría, colorido, pasión... A veces, nuestra gran empresa común parece tan solo un noble esqueleto, como si las máquinas le hubiesen ya chupado la sangre y el tuétano. Mi mujer y los míos me dicen que me marche y me divierta. ¿De qué modo? ¿Observando cómo se apaga el fuego en el corazón y sin hacer siquiera por avivarlo? Aquí en Burmanley, con Dinah y los que son como ella, y unos cuantos amigos y aliados, puedo todavía aventarlo un poco..., mantener el rescoldo.

LOCKHART.—Los jóvenes y los viejos son ahora lo mejor, Robert. En medio no hay más que un montón de escoria.

PROFESOR.—Quizá fue siempre así. Ellos están más cerca del principio y del fin, y se hallan más sobrados de espíritu. El mundo descansa excesivamente en los del medio, siempre atareados en busca de ascensos y prebendas.

LOCKHART.—Robert... Pareces cansado... y destemplado. Vete a la cama y no te molestes en acompañarme.

PROFESOR.—*(Exasperado.)* ¡Qué tontería! Tengo sesenta y cinco años, no ochenta y cinco...

LOCKHART.—*(Saliendo rápidamente.)* Buenas noches. *(Sale antes de que pueda acercársele. Mientras el* PROFESOR *está en la puerta, oímos cerrarse la de salida con ruido desolador. La luz puede hacerse más íntima, con casi toda la escena en sombras, mientras vuelve el* PROFESOR, *que se mueve pesadamente y, por vez primera, parece realmente descorazonado. Se sienta a la luz y se pone la pipa en la boca, pero no fuma. Se limita mirar con aire desolado, acaso la cabeza entre las manos.* DINAH, *en pijama, zapatillas y una gruesa bata, entra muy quedo, cerrando suavemente la puerta tras de sí, y parece afectada al ver el aspecto de su padre. Se le acerca suavemente.)*

DINAH.—*(Con dulzura.)* ¡Papá!

PROFESOR.—*(Alzando los ojos.)* Hola, Dinah. Creí que te habías acostado.

DINAH.—Iba a hacerlo..., pero... *(No termina la frase. Después, con ternura.)* Parecías tan desgraciado aquí solo...

PROFESOR.—*(Sin negar ni afirmar.)* Estaba cavilando un poco. A veces...

DINAH.—*(Animándole.)* ¿Qué?

PROFESOR.—*(Con sonrisa.)* Bueno, digamos que a veces. Dejémoslo así. *(Ella le mira preocupada. Después se instala en el gran sillón, no lejos de él, preferentemente junto a la mesa.)* ¿Cómo, jovencita? ¿Piensas quedarte?

DINAH.—¿Harás una cosa por mí?

PROFESOR.—¿Puedo hacerla?

DINAH.—¿Recuerdas que una vez nos leíste algo de aquel libro de historia que empezaste a escribir. ¿Querrás volver a leer un poco... el principio?

PROFESOR.—A ti no te gustan esas cosas.

DINAH.—Sí. Lo necesito. Y tú también. Si no, me iré a la cama y me sentiré muy desgraciada... y tú seguirás pensativo y solo aquí abajo. De modo que ¡por favor!

PROFESOR.—*(Afectando un tono gruñón.)* Bueno, bueno... Si consigo encontrarlo... (DINAH *se recuesta hacia atrás, mientras él saca el manuscrito de un cajón, se pone las gafas y empieza a leer, con voz suave, pero impresionante.)* «Debe la Historia, para merecer ese nombre, proporcionarnos una visión estereoscópica de la vida del hombre. Sin esa otra dimensión, a la vez vívida y extrañamente penetrante, resulta plana y, por lo mismo, falsa. Hay dos esquemas superpuestos sin cesar. El primero es el del hombre reproduciéndose, buscando alimento y cobijo, labrando la tierra, construyendo ciudades, surcando los mares. Esa es la estampa que hoy entendemos fácilmente, quizá con excesiva facilidad. Porque el otro esquema sigue ahí, esperando ser interpretado. Es la historia del hombre como criatura espiritual, con todo un mundo de extraños mares e ignotos continentes, edénicos jardines y ciudades que alumbra el fuego del infierno, dentro de los abismos

de su alma. La Historia que ignora dioses y altares es tan falsa como la que pudiera olvidar la espada y la rueda. Ni la primera pertenece solamente a la infancia de la civilización...» *(Se interrumpe para decir quedamente, levantando la vista.)* No me gusta «primera»... No sé *(Su voz se hace más dulce y lenta.)* cómo he podido escribirlo... *(Porque al ponerse en pie, ha visto que* DINAH *se ha quedado dormida. La mira sonriente un momento. Mientras vuelve a sentarse sin ruido, saca su pluma y tacha algunas palabras en el manuscrito, el telón desciende lentamente.)*

FIN DE
«EL ARBOL DE LOS LINDEN»